

5

POR  
FRANK McFAIR

en Palestina  
Llanas

FBI





FRANK McFAIR

# PALESTINA EN LLAMAS









SAN BERNARDO, 33 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—[CULPABLE], por Alf Mans. (5.<sup>a</sup> edición.)  
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Mans. (4.<sup>a</sup> edición.)  
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.<sup>a</sup> ed.)  
» 4.—EL COBARDE, por Alf Mans. (3.<sup>a</sup> edición.)  
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.  
(2.<sup>a</sup> edición.)  
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Mans. (2.<sup>a</sup> ed.)  
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.<sup>a</sup> ed.)  
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.  
(2.<sup>a</sup> edición.)  
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.<sup>a</sup> edición.)  
» 10.—LA REDADA, por O. O. Tavin. (2.<sup>a</sup> edición.)  
» 11.—SHANGHAI, por Alf Mans. (2.<sup>a</sup> edición.)  
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.  
(2.<sup>a</sup> edición.)  
» 13.—[SANGRE], por Frank McFair. (2.<sup>a</sup> edición.)  
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.<sup>a</sup> edición.)





Núm. 14 - EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)

- » 15.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- » 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª ed.)
- » 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- » 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
- » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
- » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
- » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
- » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
- » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
- » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
- » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
- » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
- » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
- » 32.—NUEVA YORK SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
- » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
- » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
- » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
- » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.

En preparación:

LA LEY DEL TERROR



# I



L puerto de Famagosta estaba atestado de barcos. Había allí un par de transportes franceses, uno Inglés, dos pequeños navíos italianos y un cúter americano, además del «Florida», donde viajaba Dan Clayton. Éste, apoyado en la borda, observaba la ciudad, en la que se mezclaban confusamente los elementos modernos y las antiguas construcciones chipriotas. Cientos de campesinos habían llegado del interior de la isla, cargados con grandes jarros de vino a lomo de caballerías y con frutas y hortalizas para venderlas a los marineros. Había tanto color que casi se «oía». El intenso azul del cielo mediterráneo, los gayos vestidos de las mujeres de ondulante andar, las relumbrantes fajas de los hombres y, sobre todo ello, el verde intenso de los viñedos en las cercanas colinas. Dan se puso las gafas de sol para

proteger sus ojos y buscó con la mirada a Sam Klirking. Estaba casi seguro de que Sam no tendría ninguna dificultad con la policía chipriota, porque de ello se habrían encargado sus compañeros. Sam «tenía» que llegar a Palestina sin sufrir ninguna molestia. Es decir, ninguna molestia fuera de las que pudiera ocasionarle Dan Clayton.

Las últimas palabras del Inspector-Jefe Martos habían sido harto significativas:

—Vigíleme a Klirking, Clayton. Es el hombre más peligroso para el Gobierno en estos momentos y el único que puede hacer que se compliquen las cosas en Oriente Medio. Es un fanático, que no vacilará en matar, si lo cree preciso para la consecución de sus fines. Está tan obcecado, que, a pesar de su inteligencia, no se da cuenta de que el Gobierno de los Estados Unidos solo quiere ayudar a los suyos. Pero no podemos ponernos descaradamente enfrente de los árabes. Eso sería tanto como jugarnos los petróleos de Irak a cara y a cruz con una moneda con los dos lados iguales. Además, hay razones de orden interno que nos impiden dar demasiado la cara en favor de los israelitas. Procure que Klirking no haga tonterías, ni se vea demasiado con los de la «Stern». Tenga en cuenta que el asesinato del conde ese, Bernadotte, ha puesto la opinión pública enfrente de los judíos. Si es necesario me coge a Klirking y, acusado de cualquier cosa que se le ocurra en el momento, me lo devuelve para los Estados Unidos, ya que él es ciudadano americano, nacido aquí, además.

—No lo olvidaré —respondió Clayton, sonriendo.

Y Martos tuvo la seguridad de que su subordinado conseguiría cumplir bien el trabajo encomendado. No se llega a inspector en el F. B. I.,

a los treinta años sin antes haber demostrado que podría coger el sol con una mano, la luna con la otra y jugar al volante con ellas. Y Clayton era Inspector y, además, tenía veintinueve años.

Bueno; pues ya estaba en Chipre. Durante el viaje había trabado un superficial conocimiento con Klirking, más conocido en el mundo universitario con el nombre del profesor Samuel T. Klirking, doctor en Ciencias Políticas y Sociología. Se había encontrado ante un hombre de una inteligencia aguda, mordiente, analítica, y había quedado asombrado por la extensión de los conocimientos del

judío. Al mismo tiempo era una persona de una conversación brillante, amena y extraordinariamente interesante. Lástima que perteneciera a una organización tan radical en sus métodos como la «Stern». Esto debía ser un fallo del grande hombre, indudablemente.

Klirking se le acercaba ahora, andando a cortos pasitos, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y la ropa, bastante usada, pero indicadora de haber sido hecha por un buen sastre, flotándole en torno a los riñones.

—Buenos días, mister Clayton —dijo cortésmente— buen espectáculo, ¿eh?

—Lo es admitió el inspector. —Yo no sé qué tiene este Mediterráneo que todas las cosas parecen verse a una nueva luz cuando se entra en él. Ya me ocurrió durante la guerra, en Sicilia.

El profesor contempló la ciudad pensativamente.

—Bueno; creo que voy a bajar un poco para estirar las piernas. Estaremos aquí por lo menos medio día, ¿no es así?

—Sí, eso creo. ¿Le molestaría que le acompañase, profesor?

El otro vaciló un momento.

—No, de ninguna manera; sólo que quizá se aburra usted. Tengo la costumbre de fijarme en cosas que, para el resto de la gente, no tienen ningún interés. Aquí viene *miss* Temple.

Dan se volvió rápidamente. También había trabado cierta amistad con *miss* Temple durante el viaje, y de no haber estado de servicio, seguro que hubiera dejado las aburridas disquisiciones de Klirking sobre Sociología, para discutir con Helen los méritos relativos de las diferentes estrellas de «cine» y cuáles eran los lugares en que más podía uno divertirse en Nueva York.

Helen Temple era una muchacha alta, esbelta y de cabellos castaño claro y de ojos azules. Era hija de un importante constructor de camiones y viajaba con una enorme cantidad de equipaje, además de una doncella de color. A pesar de todo el dinero que debía respaldarla, no había hecho ostentación de ello. Se había mostrado más campechana y cordial que la estirada esposa del diplomático inglés.

—Buenos días —saludó, con voz cadenciosa en la que se notaba perfectamente su acento sureño—. Vale la pena haber hecho un viaje tan largo para poder contemplar esta maravilla. ¿Se marcha, profesor?

—Sí —asintió él—. Voy a dar una vuelta entre todo ese fárrago. Hasta luego, a la hora de la comida.

Y antes de que Dan pudiera seguirle, había desaparecido pasarela abajo, para enfrentarse con dos imponentes funcionarios de la Aduana chipriota. El agente estuvo tentado a echar a correr en su seguimiento, pero sintió de pronto en su brazo el suave contacto de la mano de la joven.

—Fíjese, Clayton. Aquello debe ser uno de esos campos de concentración de judíos, ¿no?

El siguió la dirección de la mirada de Helen y asintió con la cabeza.

—Supongo que sí.

—¿Por qué no van a Palestina, ahora que se han ido de allí los ingleses? ¿Quién puede impedirselo?

Dan se había empapado bien del problema israelita antes de zarpar de los Estados Unidos. Además, durante la guerra había conocido a muchos íntimamente.

—Que no hay sitio en Palestina. Creo que van saliendo de aquí un millar todos los meses. Es que debe resultar muy difícil ir absorbiendo toda esa masa de emigrantes, un país pobre como es.

—Me han dicho que están haciendo cosas maravillosas. Y es que son inteligentes; no hay más que ver al profesor Klirking. Y ahí tiene a Einstein y tantos otros. Tengo ganas de llegar a Tel-Aviv.

¿Por qué no me invita a tomar algo?

Dan la tomó del brazo y descendieron la pasarela. Un funcionario les pidió sus documentos, haciendo una ligera reverencia. Los americanos deben ser bien tratados en todas partes.

Penetraron en una taberna, fresca y agradable, que estaba allí en el mismo puerto, y pidieron media botella de vino. Helen Temple paladeó la bebida y chasqueó los labios con escasa elegancia, pero con deliciosa gracia.

—Espléndido —dijo—. Si estuviese en la Universidad diría: «bestial», pero no quiero hacerlo delante de usted. Ande, mire al profesor.

Klirking acababa de pasar por delante de la puerta de la taberna, pero no iba solo. Le acompañaba un individuo alto, vestido con una camisa y un pantalón caqui, muy ancho de hombros y de nariz

ligeramente arqueada. Samuel Klirking hablaba con mucha animación y el otro asentía mecánicamente con la cabeza. En seguida se perdieron de vista entre la multitud que llenaba el puerto.

—Ése es otro judío —adivinó la muchacha, con aire de listeza—. No hay más que verlo. Bueno; pues es un tipazo de hombre.

Dan Clayton no contestó. Por toda Europa es muy fácil encontrar hombres vestidos de caquí, pero aquel individuo era un militar. Lo decía cada uno de sus gestos y su manera de andar. Y andaba libremente por Chipre. Deseó por un momento no haber salido acompañado por *miss* Temple, porque le hubiera gustado seguir a aquella pareja. Con un ligero suspiro se volvió a su compañera:

—Creo que deberíamos regresar. El barco zarpará en seguida.

—No tan de prisa; he de acabar mi vino.

Bebió alegremente, mientras un griego de largos bigotes se empeñaba en venderles unas chucherías.

—¿Sabe qué le digo? Que me alegro de haber emprendido este viaje. Imagínese. Salgo de la Universidad y mi padre me recomienda que vea un poco de mundo antes de dedicarme a algo especial en los Estados Unidos. La verdad, yo no tenía muchas ganas de marcharme en aquel momento, ¿sabe?, pero al fin accedí y...

—¿Era pelirrojo, rubio o moreno? —preguntó Dan, sonriendo.

La joven estaba muy bonita, con su vestido blanco y una rosa en la solapa, toda arrebolada.

—No sea curioso. Pero, bueno; sí, era moreno. El caso es que entonces me creía «terriblemente» enamorada de él.

—¿Y ahora?

—Pues, no lo sé. No cabe duda de que mi padre tenía razón. El viajar hace abrir mucho los ojos. Ahora creo que encontraría a Will un poco soso.

Dan rió ante el aplomo de aquella jovencita, que apenas tendría veinte años, y ya se disponía a presumir de persona experimentada. Pagó el vino y salieron de nuevo a la calle, llena de sol y de ruidos. Un momento después, después de sortear a los mercaderes, llegaban al muelle. De uno de los barcos franceses estaban desembarcando en aquel momento un buen número de judíos. Llegaban sonrientes, sabiendo que estaban ya a muy pocos kilómetros de Palestina, y la

mayor parte de ellos parecía estudiantes o empleados de comercio. Contrastaban severamente con los encogidos y tímidos hebreos, que llegaban de Rumanía, Bulgaria y Turquía.

Helen y Dan subieron al «Florida» en el momento en que la campana del barco anunciaba el almuerzo. La joven, un poco achispada por el dulce vino de Chipre, se había colgado del brazo de Dan y estaba imitando graciosamente la manera de hablar del diplomático británico. Clayton tuvo la seguridad de que la respetable dama se estaba dando cuenta, pero no podía hacer sino tratar de calmar a la joven viajera.

Un momento después llegó Klirking, tan polvoriento como siempre, pero con una cara muy alegre. Durante el almuerzo bromeó con Helen, discutió con el inglés acerca de Economía Política y aún encontró tiempo para alabar los alimentos. Clayton se preguntó si no sería, acaso, la conversación con el hombre vestido de caqui lo que le había puesto tan eufórico. «Sería curioso saberlo», pensó.

—Mírelos —dijo el capitán O'Malley, señalando hacia el cielo con un índice corto y grueso—. Ésa es la razón de que no podamos acercarnos más.

Estaban sobre cubierta Dan y el capitán. Este último contemplaba pensativamente cinco pequeños puntos oscuros que revoloteaban sobre las blancas casas de Tel-Aviv.

De cuando en cuando, una densa columna de humo se levantaba de las instalaciones portuarias y se oía el fragor de la bomba. Por todas partes se adivinaba una animación extraordinaria.

—Son los «Spitfires» y los bombarderos egipcios —prosiguió el capitán, mientras la cubierta se iba llenando poco a poco de gente, alarmada por las explosiones. Helen Temple y el profesor Klirking se acercaron a ellos—. Ya lo he visto otra vez, hace un mes, y por cierto, que no me gusta nada. Si esos judíos tuviesen aviones en más cantidad, les iban a dar un disgusto a los egipcios.

—Puede usted asegurarlo, capitán —dijo a sus espaldas la voz del profesor. Dan se volvió y observó las crispadas facciones del judío, que, con ojos encendidos, contemplaba la escena—. Pero ya

lo harán. ¿Qué importa si mueren mujeres y niños? Eso no les preocupa a los árabes. Pero quizá dentro de muy poco tiempo se encuentren con que les devuelven los golpes centuplicados.

Todos se hallaban un poco molestos por las palabras del profesor. Dan miró de nuevo hacia la ciudad y sintió a su lado el contacto del brazo de Helen.

—No me gusta nada la cara del profesor Klirking —dijo ella, con un susurro—. Pobre del árabe que cayese en sus manos ahora. Creo que lo destrozaría.

Los cinco puntos móviles se alejaban hacia el Sur a toda velocidad. En dirección contraria se veían otros dos aviones que se acercaban como flechas.

—Ahí están los aviones judíos —dijo el capitán—. Se acabó el «raid», señores. Esperaremos a que nos indiquen que podemos acercarnos.

No tardaron mucho las autoridades portuarias en avisar. Según se iban acercando, pudieron ver cómo el muelle se llenaba de diminutas figurillas que empezaban a descombrar las partes dañadas. El puerto de

Tel-Aviv

ha tenido siempre fama de ser en el que, en menos cantidad de tiempo, pueden ser cargados o descargados los barcos. A esto se añadía ahora el uso de modernas máquinas limpiadoras y «bulldozers» que aplanaban en pocos momentos el piso revuelto por las explosiones.

Cuando el barco se encontró anclado junto a uno de los espigones, una barca se separó del puerto y avanzó a toda marcha hasta colocarse al lado del «Florida». Dentro de la barca venían varios funcionarlos y dos hombres vestidos de caqui con pistolas al cinto. Estos dos últimos subieron ágilmente por la pasarela y se enfrentaron al capitán.

—Buenas tardes, comandante. Pueden ustedes desembarcar en cuanto se hayan cumplido las formalidades de rigor. ¿El profesor Klirking?

—Yo soy, señores —dijo el nombrado, adelantándose.

El que había hablado, un hombre de mediana estatura, pero muy ancho de hombros y que tenía un fuerte acento báltico o polaco, extendió la mano, sonriendo.

—Encantado, señor. Podemos desembarcar en seguida. ¿Su equipaje?

Dan comprendió que el profesor se le escapaba de entre las manos. Una vez en

Tel-Aviv

(si es que Klirking se quedaba allí), le sería difícil localizarlo de nuevo. Era necesario seguirlo a toda costa o impedirle que abandonase el barco. Esto último sería muy difícil y contraproducente, además. Se decidió con rapidez.

Se acercó al capitán

O'Malley

mientras Klirking hablaba con las dos israelitas y se inclinó sobre él.

—Soy agente del Gobierno —le dijo rápidamente—. Tengo que desembarcar en cuanto el profesor lo haga. ¿Cómo?

El capitán

O'Malley

había hecho la guerra en un portaaviones y estaba acostumbrado a las decisiones rápidas. Si un hombre dice que es agente del Gobierno, es muy probable que sea verdad, pero hay que cerciorarse.

—Su carnet —dijo con igual rapidez.

Dan lo enseñó y el capitán pudo ver que confrontaba perfectamente.

—Bien; lo prepararé todo, no se preocupe. Oiga, no quiero meterme donde no me llaman, pero ¿ocurre algo con el profesor?

—Aún no, pero es posible que si ocurra dentro de poco.

El profesor Klirking venía a despedirse de ellos. Extendió la mano al capitán y el viejo se la estrechó con calor. Luego le tocó el turno a Dan y a *miss* Temple.

—¿Permanecerá mucho tiempo en Palestina, míster Clayton? —preguntó el judío—. Muy ocupado voy a estar, pero aún me quedará un rato libre para dedicarlo a usted, si quiere informarse de lo que están haciendo acá.

Para todo el mundo, Clayton era un corresponsal de una agencia de noticias. Sus documentos, no es necesario decirlo, estaban perfectamente en regla. El Tío Sam se había ocupado de ello.

—Me aprovecharé de su amabilidad —dijo, estrechándole la mano.

—Que hago extensiva a *miss* Temple, si es que a ella le interesan estas cosas —saludó a la muchacha, y antes de que ésta tuviera tiempo de contestarle, ya descendía ágilmente hacia la motora, seguido por los dos hombres vestidos de uniforme.

—A babor, inspector —dijo

O'Malley

—. Hay una barquita y pasará usted inadvertido con ese par de barcos británicos que hay allí.

—Gracias, capitán.

Pero Dan no había contado con *miss* Temple. Ésta no parecía en absoluto decidida a dejarlo marchar solo. Era evidente que la jovencita se encontraba a gusto en su compañía.

—¡Eh! ¿Dónde va? —le preguntó, cuando él se retiraba hacia el lado de babor—. Espere, yo también quiero desembarcar apenas nos dejen en la Aduana. Las noticias no corren tanta prisa.

—Para mí, si —respondió él, desesperado—. Creo que están pasando cosas...

No terminó la frase. La joven, muy tranquila, se le había unido. Todas sus esperanzas de poder seguir al profesor se habían desvanecido. Con cierta curiosa sensación de rabia hacia la chiquilla, se dijo que, después de todo, tenía la invitación de Klirking.

Volvieron hacia donde el capitán

O'Malley

discutía con la mujer del diplomático inglés. La alta y escurridiza dama estaba muy empeñada en saber qué cosas motivaban el que no pudiera desembarcar ahora mismo. Su marido era cónsul en Amman y ella necesitaba llegar cuanto antes allí.

O'Malley,

que empezaba a perder la poca paciencia irlandesa que le quedaba, se esforzaba en calmarla.

—El Imperio británico está muy bien representado aquí —dijo Helen, mirando a la señora con rencor—. Son esos estirados ingleses los que tienen la culpa de todos estos jaleos.

Por fin, los funcionarios de la Aduana pudieron volver a ocupar sus pabellones y empezó el desembarco. El «Florida» llevaba en su vientre de acero una gran cantidad de penicilina y de

D. D. T.

con destino a Palestina, y estos dos artículos, de imprescindible necesidad para los judíos, iban a ser descargados velozmente. Mientras ellos desembarcaban y cumplían con la Aduana de Tel-Aviv,

no muy rigurosa para los americanos, vieron cómo una gran oleada de obreros hebreos y árabes, dirigidos por capataces judíos, empezaban ya las operaciones de descarga, con una eficiencia y una rapidez que asombraron a los pasajeros.

Siempre con Helen a sus talones, salió por fin de los pabellones aduaneros. Todo el puerto bullía con una actividad maravillosa. Parecía que todo el mundo trabajaba allí como si le fuera en ello la vida. Los tractores y «bull-dozers» se afanaban de un lado a otro, mientras las grúas hacían girar sus desmesurados brazos como gigantescas antenas vibrátiles de insectos. Grupos de soldados, todos con el uniforme simplificado de la «Hagannah»: camisa y pantalón caqui, cruzaban de un lado a otro bajo las órdenes de oficiales muy jóvenes, pero de caras decididas. Veteranos de la segunda guerra mundial en los Ejércitos ingleses, americanos y franceses, estaban perfectamente preparados para la lucha que estaban sosteniendo contra los egipcios y transjordanos. Dan vio cómo, de pronto, uno de aquellos grupos se dirigía hacia ellos dos. El muchacho que mandaba la patrulla le interpeló en excelente Inglés.

—¿Americanos? —preguntó cortésmente.

Dan afirmó con la cabeza, dispuesto a enseñar su pasaporte, pero no fué necesario. El oficial, que llevaba en el brazo la banda de la Policía militar Israelita, hizo un ligero saludo.

—Les aconsejo que vayan cuanto antes al hotel donde tengan que hospedarse. El «raid» aéreo que acaba de terminar es el cuarto hoy, pero aún vendrán más. En cuanto oigan las sirenas, bajen a los sótanos. No es que sean muy peligroso —añadió sonriendo— pero vale más prevenirse. Otra cosa: procuren no pasar por ciertos sitios. Si vienen como turistas, háganlo constar así en el cuartel de la Policía, pero no se pongan a callejear sin objeto. Esto no está muy tranquilo ahora.

—Soy periodista —aclaró Clayton—. Espero que tendré algunas facilidades. Al menos, eso me dijeron en los Estados Unidos. Usted es de Nueva York, ¿no es así?

El oficial sonrió agradablemente. Era un joven alto, de anchos hombros y aspecto de gran fuerza física.

—Nací en Brooklyn. Escuchen.

Se oyó a lo lejos el aullido de una sirena que una motocicleta iba haciendo ulular por las calles. Las casas de

Tel-Aviv,

una de las ciudades más modernas que existen en el mundo, son de fábrica muy parecida una de otra, y las calles, rectas y anchas. Instantáneamente, los obreros que estaban ocupados en la descarga de los barcos, corrieron a los refugios. Todos menos aquellos que dedicaban sus esfuerzos al «Florida». Tanto la penicilina como el desinfectante no podían esperar.

—Vayan al próximo refugio —les dijo el oficial, mientras oteaba el trozo de cielo visible entre las casas—. Dentro de un momento tendremos aquí a los aviones.

Y partió rápidamente con su patrulla. Un par de mujeres que estaban en medio de la calle fueron retiradas en seguida y a los pocos momentos aquello estaba desierto. Clayton cogió a la muchacha de la mano y corrió con ella hasta la próxima esquina, donde se alzaba una casa de cinco pisos, en cuya fachada se veía una flecha y unos letreros en hebreo, francés e inglés, indicando que en los sótanos había un refugio. Mientras corría, Dan se iba preguntando qué habría sido del profesor Klirking.

La gente entraba apresuradamente en el refugio, pero Dan prefirió quedarse fuera hasta ver qué ocurría. Acostumbrado a los «raids» aéreos, sabía que, por muy poco potentes que fueran las bombas de los aviones egipcios, una casa de tan poca altura, difícilmente resistiría el impacto de las granadas, y, la verdad, no tenía ganas de encontrarse enterrado.

A la puerta de la casa había parado un pequeño grupo de hombres. Uno de ellos estaba hablando cuando Dan obligó a la joven, que no quería separarse de él, a entrar en el portal que conducía al sótano.

—Bueno —decía, encendiendo un cigarrillo con mano firme—. Si tuviese aquí mí «Spitfire», esos tipos no iban a presumir tanto por ahí arriba.

Iban vestidos con trajes caqui y llevaban encima las zamarras de cuello de piel de los aviadores. Parecían muy tranquilos, aunque un

tanto fastidiados.

—Pues tampoco los «Mustang» son mancos, ¿sabes? —contestó el que estaba a su lado—. Con uno de ellos hice hincar el morro a tres «Zeros» en Leyte. ¿Sabes hacia dónde cae eso?

—Pues claro, en las Filipinas.

El que estuvo en Leyte era americano, desde luego, bastaba con oír su acento, y Dan no dudó de que sería muy capaz de dar un disgusto, a los aviones atacantes si le proporcionaban un aparato. Pero de falta de ellos era de lo que adolecía precisamente el recién creado Estado de Israel. Así como sus armas automáticas, tanques ligeros y artillería estaban llegando desde todas partes de Europa, los aviones eran aún muy pocos, aunque sí bastante buenos y mejor pilotados que los de los Estados árabes.

De pronto, Dan se dio cuenta de que conocía al tercer individuo del grupo. Lo había visto en Inglaterra, y en aquel entonces el judío formaba parte de la escuadrilla francesa que operaba desde las Islas Británicas. Aquellos aviones con la cruz de Lorena en el cuerpo habían causado bastante daño a los «Messerschmidt» y a los «Junkers». Se dirigió a él con la mano extendida:

—¿Cómo está, Hertzog? —preguntó.

El judío se volvió a él rápidamente:

—Hombre —dijo en francés—, si es Clayton. ¿Qué diablos anda haciendo por aquí?

—Un poco de periodismo. Veo que no tuvo usted bastante con la guerra pasada.

El judío se encogió de hombros y tiró el cigarrillo que estaba fumando. Las sirenas seguían aullando por doquier y ya empezaba a oírse el siniestro crepitar de los motores de aviación.

—Alguien tenía que venir, ¿no es así?

—Podía usted decirme algo acerca de todo esto, ¿qué le parece? Tengo que enviar buenas crónicas allá.

Los otros dos aviadores se habían vuelto hacia ellos y escuchaban su conversación. El americano dijo:

—Diga allá que nos envíen unos cuantos «Mustang» y un par de fortalezas. Con eso bastará para que nos sacudamos de encima a estos tipos. Fíjense, casi no saben volar.

Podía ser cierto que los aviones egipcios volasen mal, pero el caso es que estaban empezando a soltar sus bombas. Una negra

nube de humo se elevó hacia su izquierda, en la carretera de Jerusalén.

—Han dado a un depósito de gasolina —dijo el inglés—. ¡Lástima! La verdad, casi tengo ganas de que ese par de polacos se canse ya de volar. Cualquiera diría que los aparatos son suyos y los han pagado con su dinero.

—Como los polacos llegaron antes, son ellos los que tienen casi todos los aviones nuestros —dijo Hertzog, dirigiéndose a Dan—. Y no los sueltan ni a tirones. Entre tanto, nosotros nos pudrimos aquí, mientras esos egipcios nos tiran peladillas.

El sonido de los motores se iba acercando. Los aviadores levantaron la vista, buscando a los aparatos cuando empezaron a ocurrir cosas.

Por la esquina más cercana desembocó un grupo de hombres y mujeres vestidos con el uniforme de la Hagannah. Ellas, además de sus camisas militares y pantalones, llevaban en la cabeza pañuelos, atados bajo la barbilla, que les daban un aspecto muy gracioso, ya que casi todas eran altas y bien formadas. Pero no eran de la Hagannah pues en las mangas de sus camisas, recogidas por encima del codo, campeaban unos emblemas extraños, en rojo sobre negro.

Venían dando gritos y haciéndoles señas de que se guareciesen. Los aviadores los miraron con indiferencia, sin hacerles caso. A la cabeza del grupo venía una muchacha de alta estatura y de una perfección de líneas que difícilmente podía ocultar la ropa que llevaba. El pañuelo había caído sobre sus hombros y se veía su cabello, castaño claro, casi rubio, flotar detrás de ella. Llevaba una pistola ametralladora «Bren» en la mano derecha.

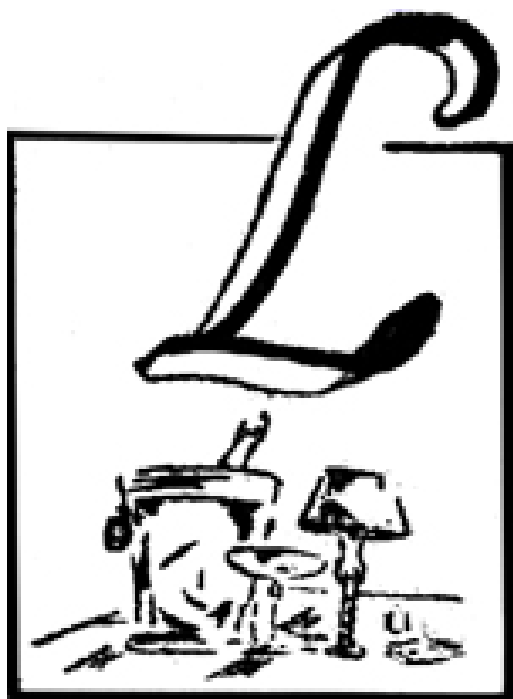
—¿Quiénes son? —preguntó Dan, metiéndose en el portal.

—Los de la Stern —contestó Hertzog, con una crispatura en sus labios—. Los que están haciendo que por todas partes nos coja asco la gente. Los que mataron a Bernadotte.

LECTOR: NO PRESTES NUNCA UNA NOVELA

Porque, si no te ha gustado, aburrirás  
a un amigo, y si te gustó, perjudicas a  
la editorial que te proporcionó ese  
deleite

## II



LOS rugidos de los motores sonaban cada vez más cerca, y entonces, bruscamente, comprendió Dan qué es lo que les gritaban la muchacha judía y sus compañeros, al sentir el jadear de una ametralladora por encima de ellos. Los «Spitfires» egipcios estaban ametrallando las calles. Dos de los que componían el grupo de la Stern giraron bruscamente sobre sí mismos y se desplomaron. Uno de ellos era una muchacha. Los otros se echaron a la cara sus armas y empezaron a disparar contra el avión, que en aquel momento pasaba. Al mismo tiempo se oyó el bordonear de un cañón antiaéreo en alguna parte.

Dan sujetó con mano firme a *miss* Temple, que parecía dispuesta a desmayarse en cualquier momento, y, uniéndose a los aviadores

judío, se lanzó hacia el grupo caído en el suelo para tratar de prestarles socorro si ello era posible. Aún tuvieron tiempo de ver cómo el avión, que había girado de nuevo, volvía sobre ellos, despreciando los disparos del antiaéreo.

Dan se tiró al suelo, arrastrando en su caída a la muchacha de la ametralladora «Bren», pero ella se revolvió como un gato y disparó su arma. El Inspector del

F. B. I.

vio claramente enfilado sobre ellos el morro puntiagudo del «Spitfire», y casi distinguió las llamaradas de las trazadoras, a pesar de la fuerte luz. A su lado rebotaron las moscas metálicas, arrancando esquirlas al macadam. Pero fue aquélla la última hazaña del aviador árabe. La ametralladora ligera de la muchacha judía había debido de hacer blanco en alguno de los depósitos del aparato, porque éste, de pronto, dio un salto en el aire y de su cola se desprendió una densa columna de humo. La fuerza adquirida le hizo planear como una flecha, pasando por encima del grupo y yendo a hincarse de pico en un grupo de casas, hacia el parque.

—Buena puntería —dijo Dan, levantándose y sacudiéndose el polvo del traje.

Una esquirla le había rozado en la frente. Luego se volvió y vio que Hertzog y el aviador americano estaban inclinados sobre los dos caídos. Ambos estaban muertos. Hertzog levantó la cabeza y la movió de un lado a otro.

—No hay nada que hacer —dijo—. Al menos, no han sufrido.

La muchacha era muy joven, seguramente no pasaría de los dieciséis años, y su carita, pálida, era muy bella. Sus compañeros la examinaron, y había lágrimas en los ojos de varios de aquellos hombres. La joven que sostenía la ametralladora, la que había derribado al avión egipcio, lanzó una interjección en francés.

—Nadie sino vosotros tuvisteis la culpa —dijo Hertzog, mirándola seriamente—. Éste no es puesto para mujeres.

—Pues parece que ella lo hizo bastante bien —dijo el americano, mirando la columna de humo que se elevaba donde cayera el avión.

—Era tu prima, ¿no, Yvette? —preguntó Hertzog, poniéndose en pie.

—Sí.

La muchacha tenía los labios apretados hasta que casi parecían

una fina raya, pero sus ojos permanecían secos. Dan, se dijo que jamás había encontrado una mujer tan hermosa. Sus cabellos relucían si sol poniente con reflejos rojizos y su pecho se alzaba y bajaba rítmicamente. Debía sufrir mucho viendo allí a aquella chiquilla muerta, con tres balas en el seno izquierdo.

De nuevo ulularon las sirenas, pero esta vez se dirigían hacia allí. Una ambulancia de fabricación italiana avanzaba como una centella, sorteando los escombros de los recientes bombardeos. Frenó junto a ellos y dos camilleros se apearon para recoger los cuerpos. La llamada Yvette se volvió de espaldas con un gesto brusco y, ante su inmenso asombro, Dan vio cómo Hertzog se le aproximaba y le tocaba ligeramente el brazo.

—Es la guerra, Yvette —dijo—. Pero vuestro sitio no está aquí, con ese fusil en las manos, sino en los hospitales. Allí hacéis más falta.

—Déjame, Michel, ¿quieres? —respondió ella, apretando con más fuerza la «Bren»—. Ya hay bastantes médicos y enfermeras en los hospitales. Si vosotros andáis haraganeando por la ciudad, alguien tiene que parar a los de la Legión Transjordana.

Tanto Hertzog como el americano, acusaron el golpe, poniéndose un poco pálidos. Bien comprendían el dolor de la muchacha, pero la frase había sido muy dura para hombres que sólo deseaban una probabilidad de ponerse a pelear. Michel no contestó. Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el puerto. Pero el americano era más parlanchín.

—Pues id allí las mujeres, al frente —dijo—. Así podrán luego decir en Europa y América que somos unos salvajes que emplean a las chicas como fuerzas de choque. Vosotros, los de la Stern...

—Deja tranquilas a los de la Stern, emboscado —le dijo uno de los del grupo, un inconfundible judío alemán o austríaco.

El americano se encogió de hombros despreciativamente y pareció, por un momento, que iba a golpear al otro; pero se contuvo. Un momento después seguía a Hertzog hacia el puerto.

—¿Green que ganarán la guerra peleando unos contra otros? —preguntó Dan, mirando al que hablara últimamente, y a la muchacha de la ametralladora—. ¿Por qué no emplean toda su fuerza contra los árabes?

—Y a usted, ¿quién le mete en esto?

La ambulancia acababa de marcharse, aullando su aviso. El «raid» debía de haber pasado, porque ya no se oían las sirenas y la gente empezaba a salir de sus refugios. Poco daño habían causado las bombas egipcias, excepto en el depósito de petróleo y alguna que otra casa que había quedado destruida. Un grupo de mujeres y de viejos, algunos de ellos vestidos aún a la moda antigua, se reunieron, mirando fijamente al grupo de los de la Stern. Una vez pasado el peligro, los trabajos comenzaban de nuevo al mismo veloz ritmo que antes.

—Soy periodista —dijo Dan—. Y quiero enterarme de las cosas.

—Pues váyase al cuartel general y recoja las migajas.

La llamada Yvette se volvió hacia Clayton.

—Ya puede empezar a contar a su periódico lo que ha visto aquí. Esto no durará mucho. Ganaremos, de todas formas.

Dan comprendió que no ganaría nada malquistándose con aquellos fanáticos de la Organización. Además, él no había ido a Palestina para tomar partido por unos ni otros, sino a vigilar a Klirking.

—Me gustaría ir con ustedes —dijo—. Mi agencia desea saber cómo viven los soldados israelitas. Luego veré a los portavoces de la Hagannah.

—Váyanse al diablo usted y su agencia —dijo el alemán, extendiendo el brazo en dirección hacia el centro de la ciudad—. No queremos espías.

—Calma, Sagendorf —dijo Yvette—. Bastantes dificultades tenemos ya con la Hagannah para echarnos encima a la Prensa americana. Venga, si quiere, pero tenga cerrada la boca.

Había en los oscuros ojos de la muchacha un brillo singular. Dan se dijo que aquella chica no lloraría, aunque viese a su padre y a su madre desventrados por una granada; pero que, quizá por ello, sufriría más. Debía tener el temple de una espada toledana.

—Me llamo Clayton, Daniel Clayton —dijo, extendiendo la mano.

Ella pareció no verla.

—Y yo. Yvette Coléar. Vamos, Sagendorf.

El grupo, tres hombres y la joven, emprendió el camino hacia el centro de Tel-Aviv.

Por todas partes empezaban a salir ya las patrullas de la Policía judía, y Dan pudo darse cuenta de la rivalidad, casi podría llamarse animosidad, que separaba a los de la Stern del Ejército regular israelita. Era fácil notar que, apenas terminase la guerra, el gobierno habría de poner freno a los de las organizaciones de terroristas, pero que, por ahora les interesaba tenerlos de su parte. La Stern, según los datos que había estudiado él antes de salir de los Estados Unidos, contaba con no menos de diez mil afiliados, la mayor parte de los cuales estaban peleando contra los árabes. Y peleando bien, además. Tenían tanques propios y gran número de armas automáticas que habían cogido a los ingleses antes de la salida de éstos de Palestina.

Con el fárrago de un momento antes, Dan casi había olvidado a su joven compañera de viaje; pero ésta se encargó de recordarle su existencia, asiéndole repentinamente de un brazo.

—¡Eh, oiga, Clayton! ¿Es que piensa dejarme aquí sola?

Dan se volvió y sonrió.

—Dispense, *miss Temple*. Éste no es sitio para usted. Vuelva al puerto y busque su hotel. Yo he de preocuparme de mis crónicas.

—Pero, hombre, no puede dejarme así...

Vaya si podía. Le interesaba mucho más seguir al grupo de los israelitas que se alejaban. Yvette Coléar volvió la cabeza y dirigió una curiosa mirada a Helen Temple, pero luego continuó su caminar.

—Lo tiento, *miss Temple*, pero no tengo más remedio. Ya no hay peligro, y su doncella estará intranquila buscándola. Vuélvase allá.

La altiva hija del rey de los camiones engalló la cabeza, notablemente sorprendida de que algún hombre se atreviese a no querer permanecer con ella. Con ella que...

Pero no tuvo tiempo de demostrar su enfado al hombre, porque éste ya había dado media vuelta y se alejaba. Fue entonces cuando Helen Temple se dio cuenta de la esbelta figura de la judía.

«Comprendo —dijo para sí, mientras se encaminaba al puerto—. Nada de crónicas. Lo que pasa es que le ha gustado esa amazona de pacotilla». Y decidió no volver a hablar nunca más a aquel periodista que se largaba tras las primeras piernas bonitas que veía.

Las bengalas iluminaban un cielo denso, oscuro en el que brillaban las estrellas quietamente, sin parpadeos. La ocasión no era

propicia en manera alguna para golpes de mano, pero los tres hombres que avanzaban arrastrándose tratando de conseguir la colina, parecían pensar de otra manera.

Iban vestidos de caqui y llevaban cada uno una bolsa con granadas de mano en el costado. Los tres iban armados con ametralladoras ligeras y pistolas automáticas. Eran, pues, un verdadero arsenal viviente, porque de una funda ajustada a la pierna del pantalón, colgaba la peligrosa navaja de asalto del Ejército americano.

El caminito serpenteaba entre matorrales secos por la falta de agua y la tierra se iba tornando arenosa, indicando la proximidad del desierto, el Negeb, esa gran extensión barrida por los vientos que llega hasta la frontera egipcia por el Sudoeste y hasta el golfo Pérsico por el Sur.

Eran tres los hombres que avanzaban, pero detrás de ellos había otros cinco. Y más allá, un camión con un puesto de radio y otros dos hombres. Dan vio que el que manejaba los auriculares de la emisora era una mujer, pero hasta entonces no había podido darse cuenta, pues llevaba el pelo cortado muy corto, como un muchacho. E Yvette Coléar estaba un poco más allá, atenta.

Dan recordaba perfectamente las instrucciones que el grupo de asalto había recibido tres horas antes, de boca de un coronel de la Stern, pero que emanaban de más alto, del Estado Mayor de la Hagannah.

—Los aviadores de reconocimiento dicen que debe haber ahí por lo menos quince hombres, pero si los cogen ustedes desprevenidos, llevarán ventaja. De quedarse allí, nuestras fuerzas tendrán que dar un rodeo demasiado grande, y además dominan la pista que conduce a Akaba. Me los eliminarán lo más silenciosamente posible. Podríamos enviar una compañía entera, pero queremos hacer creer a los egipcios que no se trata más que de un golpe de mano. No deseamos que sepan que queremos dirigirnos al Rojo, por ahora. Los ingleses podrían fortificar Akaba demasiado.

Y allí estaba aquel pequeño grupo, preparado para todo. La radio anunciaría al Estado Mayor de la Brigada que el obstáculo había sido eliminado, pero antes había que «eliminarlo». Dan sintió que no le dejasen ir con aquellos tres individuos que iban a dar el asalto inicial. Después, la segunda oleada, otros cinco, que

acabarían de sembrar la confusión entre el pelotón de soldados egipcios.

Se acercó Yvette hasta casi tocarla. La muchacha volvió la cabeza y la pálida luz de las estrellas iluminó tenuemente su cara.

—¿Estuvo usted en la guerra? —preguntó ella de pronto.

—Sí —contestó escuetamente Dan Clayton.

—¿Dónde?

—Por ahí, en unos sitios y otros. En Inglaterra conocí a Hertzog, cuando él estaba en la escuadrilla Francesa.

—Yo lo conocí en París. Los dos somos de allí. Estudiamos juntos y cuando empezó la guerra él se alistó.

En aquel momento se oyó un tenue silbido. La muchacha empujó a Dan con el codo.

—Guarécese, porque esto va a empezar.

Dan no le hizo caso. Le admiraba el valor de aquella joven que, con la pistola ametralladora en la mano, se disponía a combatir contra hombres ya un poco aguerridos. Los egipcios no son demasiado buenos soldados, pero así y todo, una bala es una bala y puede matar lo mismo si sale de la carabina de un bisoño que de la de un veterano.

Al mismo tiempo se dijo que Hertzog tenía razón a nada bueno podía conducir, entre los países europeos y americanos, el saber que había mujeres en el ejército judío, y estaba seguro de que el gobierno israelita suprimiría aquel estado de cosas pero el caso, había que reconocerlo, es que aquellas chiquillas, llegadas de todos los rincones del mundo en busca de un poco de paz y del derecho de vivir libres, se habían batido como esforzadas Amazonas, llegando muchas veces a decidir las batallas que libraron con los beduinos, a favor, cuando ya los hombres estaban agotados por varios días de lucha.

Sus pensamientos se vieron bruscamente cortados por el seco retemblar de una granada de mano. Al instante, otras dos, tres, cinco explosiones, siguieron a la primera. De la posición egipcia, una especie de recinto pedregoso sin techo surgieron clamorosos aullidos y lamentos espeluznantes. La sorpresa había sido completa. Tableteó una ametralladora. Pero Dan se dio cuenta de que era una de las armas ligeras de los judíos ya que sonaba mucho menos que lo hubiera hecho las armas de trípode. Al instante, y como si

aquello hubiera sido la señal, los cinco que aguardaban, entre ellos Yvette, partieron a la carrera para entrar en la lucha. Ahora se mezclaron al fragor las ladradoras voces de las pistolas automáticas, mientras agudos lamentos despertaban los ecos del desierto. Los soldados egipcios, completamente aturridos disparaban desconcertadamente contra un enemigo que sabía perfectamente dónde estaban ellos y cuyos tiros encontraban blanco casi siempre.

A los pocos momentos había terminado todo. Se encendieron las potentes linternas eléctricas del ejército americano de los que todos los de la Stern estaban provistos, y a su cegadora luz se vio salir, pálidos, desencajados, varios soldados árabes y un sargento. Uno de los judíos asaltantes había recibido un balazo en un muslo, pero se reía, enseñando los blancos dientes. Nada importaba, nada porque la posición estaba ya en manos israelitas.

—De prisa, al camión —dijo Sagendorf que era el que había mandado la expedición. Se volvió hacia Clayton—. ¿Qué le ha parecido? Copiamos sus métodos y los de los ingleses. Yo serví en los comandos británicos.

Llevaba, así como sus compañeros, la cara pintada de negro de humo y las manos también camufladas de idéntica manera. En este momento se ocupaba de meter a los soldados egipcios en el camión, ayudándolos a ello con fuertes golpes de culata.

Clayton tomó asiento también en el interior y el coche emprendió la marcha. El agente americano se halló sentado al lado de Yvette, la que, con su pistola ametralladora, tenía encañonados a los árabes. Éstos, con caras un poco embrutecidas, miraban fijamente ante sí. Era evidente que aquella guerra no los atraía demasiado. Sus oscuros semblantes no reflejaban emoción alguna.

—Parece que le gusta todo esto —dijo Clayton un poco molesto por la actitud tan poco femenina de la joven—. Supongo que no sería esto lo que le enseñasen en la Sorbona.

Yvette Colear lo miró un momento. A la escasa luz de la linterna del coche, Clayton pudo ver un gesto de desprecio en sus bellos labios.

—Nadie le preguntó a usted —respondió secamente—. Lo hemos admitido en esta expedición para que pueda ver nuestros métodos y decir en su país si combatimos bien o no. Respecto a lo demás, puede guardar silencio.

—De acuerdo —dijo Sagendorf con una sonrisa torcida—. ¿Qué tal si se calla?

—No quiero —dijo Clayton, sintiendo que la ira le invadía—. Acabo de ver cómo golpeaba usted a los prisioneros. Eso lo he visto, hacer otras veces, pero no a los americanos precisamente, sino a los japoneses. No son métodos.

Sagendorf se puso en pie y se le acercó. Clayton también se levantó. Si aquel individuo quería pelea, pelea tendría. Ya había podido observar que era él quien mandaba la expedición, pero aun así, no le tenía miedo. Se sabía protegido por la bandera estrellada.

—No piense que yo me voy a dejar asesinar como ese pobre Bernadotte —dijo claramente y con deseos de ofender al otro.

Yvette Colear se interpuso entre ellos en el momento en que Sagendorf levantaba su arma, con una mirada homicida en los ojos.

—¡Quietos! —dijo la muchacha—. Usted Clayton, no volverá a participar en ninguna operación, al menos mientras yo pueda impedirlo. Aparta, Sagendorf.

Era evidente que, a pesar de que su graduación debía ser mayor, el austríaco estaba acostumbrado a obedecer a aquella joven.

—Maldito americano —dijo roncamente—. Debían estar todos colgados.

Clayton se dio cuenta de que había cometido un error. Si quería estar cerca de Klirking, no tenía más remedio que mantenerse a bien con los de la Stern. Esto era imprescindible. Ahora, había perdido la oportunidad de penetrar de una manera casi oficial en la Organización.

—Lo siento —dijo volviéndose hacia Yvette y dándole la espalda al otro despectivamente—. No fué mi intención ofenderles.

—Acabe de una vez —respondió la francesa desabridamente—. No necesitamos sus excusas para nada.

Dan Clayton sintió que la cara le ardía ante el desprecio, sobre todo viniendo éste de unos labios tan endemoniadamente hermosos. Aquella muchacha hubiera podido triunfar en las tablas de París nada más que con salir al escenario y en cambio, aquí estaba, con la cara tiznada de negro y una ametralladora ligera en la mano, amenazando unos pobres campesinos árabes que no sabían ni por qué combatían. Todo aquello era absurdo, horriblemente absurdo. No se le escapaba que si los judíos querían quedarse en Palestina,

tendrían que luchar y luchar bravamente, pero le desagradaba en extremo la idea de mujeres combatientes.

—No dicen ustedes lo mismo cuando reciben nuestros dólares — saltó sin poderse contener—, entonces bien saben sonreír a boca llena.

La mano izquierda de la muchacha le golpeó la boca sin fuerza bastante para hacerle daño, pero sí lo suficiente para expresar su desprecio. Fue el gesto con que una madre pegaría a su hijo por haber dicho una palabra sucia. Al mismo tiempo, Sagendorf, que había observado el movimiento, se lanzó sobre él. Clayton estuvo tentado de devolver el golpe a la joven, pero algo, no sabía qué, se lo impidió. En vez de ello, furioso hasta casi que se le saltaban las lágrimas, olvidándose de que estaba allí para cumplir una misión de su Gobierno, una misión en la que, si fracasaba iba a ser muy desagradable para todos. Olvidándose de todo, levantó su puño y lo estrelló contra la mandíbula del austriaco, haciéndole retroceder violentamente contra el costado del camión. Puso en aquel golpe toda la furia de que se hallaba poseído y el resultado fue que Sagendorf rodó por el suelo, sin conocimiento. Los brazos de Dan Clayton se habían acreditado en Quántico por su pegada, la más fuerte de todos los pesos pesados de la Academia.

Dos de los judíos levantaron sus armas automáticas, dispuestos a disparar sobre el americano, pero no llegaron a apretar los gatillos. El camión frenó bruscamente y todos fueron lanzados hacia la parte delantera por la fuerza de inercia, cayendo revueltos. Dan, con el rabillo del ojo, vio cómo el sargento egipcio echaba mano a la «Bren» de Sagendorf, dispuesto quizá a hacerse dueño de la situación, pero tampoco acabó. El chofer del camión había bajado del mismo y estaba gritando algo en medio de la pista.



---

DESCONFIA DE LOS LIBROS USADOS  
POR OTROS  
**¡HAY ENFERMEDADES CONTAGIOSAS!**

### III



STABA empezando a aclarar por la parte de Oriente, detrás de los montes Gelboé, hacia el Mar de Galilea. La luz era suficiente como para poder ver qué era lo que había alarmado al conductor del camión.

Dos aviones «Spitfire» con el color y la media luna pintados en las alas iban a pasar en ese momento sobre ellos.

Ya las trazadoras de las ametralladoras de los aparatos estaban uniendo a éstos con la tierra con líneas de fuego. Alguien gritó y Dan pudo ver como el chofer se encogía sobre sí mismo y caía rodando.

Crepitaron las Brent mientras los judíos iban saliendo del camión para tirarse al suelo por temor a que los aviones llevaran bombas ligeras. Todo ocurrió tan rápidamente que sólo los

ejercitados sentidos de Dan pudieron darse plena cuenta del desarrollo de los acontecimientos.

Había ya seis judíos, entre ellos Yvette tirados en el suelo cerca del camión, cuando el sargento egipcio apareció en la puerta de éste, disparando como un loco con la ametralladora ligera que había cogido a Sagendorf. Dos de los israelitas se retorcieron en el suelo, mientras, uno tras otro, los egipcios prisioneros, empezaron a salir.

Los «Spitfires» giraban ya y volvían sobre ellos cuando la «Bren» de Yvette Coléar vació sus cargadores contra los prisioneros, derribando al sargento y a otros tres soldados. Quedaban tres judíos, sin contar a Sagendorf, que se estaba reponiendo en aquel momento, cuando llegaron de nuevo los aviones.

Las primeras luces del amanecer daban a la escena una apariencia fantasmagórica, alargando exageradamente las sombras de los objetos en la arena del desierto. Dan vio cómo de uno de los aparatos se desprendía algo brillante y se tiró de cabeza al suelo, previendo lo que iba a ocurrir. Cayó Justamente al lado de Yvette y, de una manera inconsciente, pasó un brazo sobre el cuello de la joven, obligándola a pegarse a la tierra, a pesar de la resistencia de la muchacha.

No se había equivocado. Se trataba de una bomba de doce libras, pequeña, sí, pero capaz por si sola de destruir al camión. Dio de lleno en el vehículo y éste estalló como una nuez, esparciendo las piezas de la radio y del motor por todos los alrededores. Dan sintió un violento golpe en nuca y al instante, algo viscoso le corrió por el ruello abajo, pero no perdió el conocimiento. Pudo ver cómo los dos judíos que quedaban permanecían inmóviles y comprendió que solamente él y la francesa se habían salvado. Lo que hubiera sido de Sagendorf, allí encerrado, era algo que no quería ni pensar, ya que, en realidad, fué él el culpable.

Se puso en pie tambaleándose y vio cómo los aviones se preparaban para regresar de nuevo. Con la mano derecha, penosamente, trató de incorporar a la joven, mientras con la izquierda hacía señas desesperadas. Seguramente que alguno de los aviadores se daría cuenta de que él no iba vestido como un soldado.

Pero nuevamente las trazadoras buscaron su cuerpo y hubo de dejarse caer nuevamente, intentando por todos los medios sujetar a

la joven hebrea que se empeñaba en levantarse. Sintió como los pequeños y blancos dientes de Yvette Coléar se le clavaban en el brazo y, con una maldición, la soltó.

Mas antes de que la joven se pusiera en pie, fueron sucediendo las cosas. Al ruido de los motores de aviación, se mezcló otro, menos intenso y cinco sombras surgieron como si acatasen ce brotar de la tierra. Eran un pequeño camión blindado y cinco «*jeeps*» de fabricación inglesa cargados de soldados egipcios. Llegaban a toda marcha y en uno de los autos había un hombre haciendo señas con una bandera. Los aviones divisaron el convoy y se dedicaron a planear por encima, como si estuvieran esperando algo. En aquel momento salló el sol, alumbrando la escena.

Yvette Coléar se puso en pie, lanzando un grito de rabia, y su pistola ametralladora enfiló hacia los «*Jeeps*». Dan se dio cuenta de que el fanatismo de la joven la llevaría a una muerte segura, porque ya los soldados parecían dispuestos a disparar y no vaciló un instante. En un «*tackle*» técnicamente perfecto, se lanzó a los pies de la hebrea y la derribó al suelo. Mientras la sujetaba y le quitaba el arma, el primer automóvil llegó hasta ellos y un teniente de color muy claro descendió de él seguido por varios soldados.

—Sepárese de la muchacha —dijo en inglés apuntándole con una pistola automática. Dan se puso en pie, sacudiéndose la arena del traje.

—Soy americano —dijo jadeante—. Periodista americano.

—Me alegraré por usted —asintió el árabe examinando sus ropas y su rostro. Evidentemente, esto le convenció. Ni a traición podrían encontrarse en Dan rasgos que recordaran remotamente a los de un semita—. Le llevaré ante el coronel Ibrahim. En cuanto a ella...

Yvette Coléar se levantó, pero antes de terminar su movimiento se encontró sujeta fuertemente por dos soldados egipcios. Su bello y sucio rostro no demostró emoción alguna hasta que no miró a Dan. Entonces, una mueca de desprecio indescriptible deformó sus labios.

—¡Marrano! —Le lanzó en francés. La palabra, dicha con aquel tono, era aún más insultante. Dan sin, sin poder evitar el enrojecer, se volvió hacia el teniente.

—¿Qué harán con ella? —preguntó.

—Según —respondió el otro sonriendo agradablemente—. Hay algunos altos oficiales que han dado orden de fusilarlas, ya que las

consideran como francotiradoras, pero otros no son tan severos. Bastante trabajo nos dan a veces —agregó dejando de sonreír—. Son peores que los hombres. Si por mi fuese, las entregaríamos a los soldados para que hiciesen con ellas lo que quisieran.

Clayton se estremeció y no contestó. Al lado del oficial caminó hasta llegar al camión blindado. Había en él un coronel del ejército egipcio, muy apuesto con sus blancos bigotes y su irreprochable traje caqui. En cambio, los soldados iban bastante mal vestidos y a veces llevaban prendas color. Y las armas automáticas de que disponían no eran muy modernas en unos tiempos en que la fabricación variaba casi cada mes. El coronel Ibrahim-el-Amin estrechó la mano de Clayton después de examinar los papeles que le acreditaban como periodista de una agencia de noticias.

—Nunca tendremos aquí a bastantes reporteros americanos e ingleses que digan la verdad acerca de esta guerra —le dijo mientras descorchaba un par de botellas de

«Coca-Cola»

que un asistente le presentaba—. Esos perros de judíos no hacen más que difundir mentiras acerca de nuestras supuestas atrocidades. Mucho peor se han portado ellos echando de Palestina a quinientos mil árabes que se están muriendo de hambre en el Irak y Transjordana. Usted mismo ha visto cómo utilizan a las mujeres para guerrear. Eso es un truco. Pensaron, por lo visto, que nosotros, al ver su sexo, no íbamos a disparar sobre ellas, pero se equivocaron de todo punto —terminó con una sonrisa, chasqueando los labios y ofreciendo una botella al americano. Éste bebió un largo sorbo ansiosamente. «El coronel Ibrahim razonaba como un jumento», se dijo. Bastaba ver cómo habían peleado las chicas judías aquéllas para saber que lo hacían por su propia voluntad.

—Éstos son de la Stern —dijo—. No representan al gobierno israelita.

—Eso también es verdad —asintió el otro ofreciéndole asiento y adoptando una postura como si le fuesen a hacer una fotografía—. Reconozco que la Hagannah no es mala, pese a nuestras diferentes opiniones acerca del futuro de Palestina. Muchos de mis mejores amigos son hebreos y ocupan cargos importantes en las funciones públicas de El Cairo...

Pero a Clayton le importaba muy poco toda la política árabe-

israelita. Le interesaba más la suerte qué pudiera correr la chica. Y se decidió a preguntárselo al otro.

—Desde luego —respondió el coronel vagamente— será trataba con arreglo a las convenciones de La Haya. No debe usted hacer caso si le dicen que cometemos atrocidades con los prisioneros. No, porque nuestros principales principios...

Otra vez se lanzaba a una perorata. Clayton decidió cortar por lo sano.

—Quisiera llevarle una de estas botellas de  
«Coca-Cola»

—dijo sacando las manos de los bolsillos—. Estoy seguro de que desde hace muchas horas no ha bebido nada y empieza a hacer calor. ¿Le importa, señor?

—Desde luego que no —condescendió amablemente el otro—. Desde luego que no. Pero de eso pueden ocuparse los soldados. Usted y yo podemos seguir hablando, porque supongo que deseará enviar sus crónicas cuanto antes a la agencia. No es que pueda facilitarle grandes novedades, pero casi apuesto a que puedo decirle algunas cosas que no sabe. Desde luego el destino de esta patrulla de exploración es secreto militar y...

Clayton acababa de apearse en marcha del camión y se dirigió hacia uno de los «jepps» cubiertos, aquél en que había visto cómo metían a Yvette Coléar. Un soldado egipcio, el que iba al lado del conductor, le puso la bayoneta delante de la nariz, pero al instante acudió el teniente.

—¿Qué desea? —preguntó.

Clayton se lo dijo y le enseñó la botella de  
«Coca-Cola».

El teniente, sonrió.

—Bueno, si usted quiere... Pero me parece que pierde el tiempo. Esa joven es una fierecilla. Yo que usted la dejaría tranquila.

Cuando Clayton abrió la portezuela del «jeep» se dio cuenta del porqué de las palabras del egipcio. Yvette Coléar había sido amarrada fuertemente y un soldado montaba la guardia a su lado, con el fusil dispuesto. Clayton frunció el ceño.

—Es una mujer —dijo con ira—. ¿Qué clase de métodos usan ustedes con los prisioneros? ¿Los tratan siempre así?

El teniente, sin dejar de sonreír, le enseñó su muñeca. Allí,

teñidas de sangre fresca, estaban las huellas de unos dientes pequeños e iguales.

—Esto le dirá. Todos los prisioneros no muerden como ella.

Los oscuros ojos de Yvette se fijaron en ellos con su habitual mirada de desprecio. Dan se dijo que era lo más parecido a un animal salvaje al que hubieran encerrado en una jaula. Le recordaban a los felinos recién llevados a los parques zoológicos, cuando aún se acuerdan vehementemente de sus selvas y bosques.

—Tenga —le dijo—. Beba un poco de esto.

Ella volvió la cabeza al otro lado, con los labios fuertemente apretados. Clayton comprendió que aunque se muriera de hambre o de sed, jamás aceptaría nada que viniese de ellos. Descorazonado, volvió al camión blindado del coronel Ibrahim. Sentía unos locos deseos de alejarse de todo aquello y de volver a América, a algún sitio en que las pasiones no estuviesen tan desatadas, un sitio donde las mujeres no empuñasen ametralladoras ni mataran hombres con ellas.

—Qué, ¿consiguió algo? —le preguntó el coronel—. ¡Bah, no se preocupe! Lo que hace falta es que ganemos pronto esta guerra y pongamos a los judíos en su sitio. Ya le dije antes que, personalmente, no les tengo ninguna animosidad, pero de ahí a dejar que se introduzcan a miles en Palestina y que echen de aquí a los creyentes..., bueno, hay una cierta diferencia.

—¿Y creen ustedes que ganarán la guerra? —preguntó Clayton malhumorado.

—Pues claro. Debo reconocer que se baten bien, pero nosotros somos más. Nuestros aviones bombardean sus puertos y la Legión Transjordana les está echando a punta de bayoneta de Jerusalén. No pueden ganar.

Clayton tenía otras noticias. Sabía que la Legión Transjordana, al mando de *Sir* John Glubb Pachá, si bien no había sido forzada a retroceder, tampoco había avanzado un paso en el interior de la Ciudad Santa y que en el reducto nuevo, los judíos se habían hecho fuertes y castigaban con dureza a los soldados del Emir Abdullah, recientemente coronado Rey. De todas partes del mundo estaban ya afluyendo barcos cargados de armas, aviones y dinero. Checoslovaquia, Estados Unidos, Yugoslavia, enviaban material de guerra, medicinas y entre los judíos que diariamente llegaban a

Palestina, había magníficos médicos, ingenieros, investigadores y técnicos inmejorables. La situación no era tan halagüeña para los árabes como parecía creer Ibrahim-el-Amin. Éste seguía hablando.

—¿Por qué no se queda usted con nosotros en vez de volver a Tel-Aviv

o a Jerusalén? Es secreto militar, naturalmente, pero creo que vamos a dar un empujón por la costa, en dirección a Fallujah.

—No puedo —declaró él—. Mi agencia me paga para que diga a los lectores qué es lo que hacen los judíos. He de volver allá.

—Comprendo —dijo el otro un poco infantilmente amargado—. Hay tantos judíos en los Estados Unidos... Y tienen acaparado el dinero. Cada vez que veo una película de «la Metro», no puedo por menos de pensar que estoy pagando para que los israelitas tengan más armas y más municiones. Pero ganaremos, ya verá usted. ¿Cuándo quiere marcharse?

Los soldados egipcios habían rebuscado ya en el destrozado camión de la Stern y estaban enterrando a los muertos. El convoy se iba a poner nuevamente en marcha. Clayton había decidido que el coronel Ibrahim era un charlatán de poco seso, pero aun así se extrañó de las pocas precauciones que tomaba por si los sorprendían los aviones judíos o alguna patrulla de reconocimiento israelita. Y sabía que si esto ocurría, los veinte o veinticinco hombres del convoy no podrían ofrecer una seria resistencia contra las magníficas armas automáticas y el coraje de los hebreos.

Se asombró al darse cuenta que, en vez de representar el papel de un mero espectador en aquella contienda que no le interesaba nada personalmente, casi deseaba que el convoy fuese sorprendido. Porque de esa forma, Yvette Coléar, la amazona capaz de matar fríamente, aquella leona, se vería libre otra vez. Mientras que ahora, no sabía lo que sería de ella si era juzgada por un tribunal militar egipcio. Por lo menos, se pasaría unos cuantos años en un campo de concentración. Eso si no la fusilaban como francotiradora.

«¡Maldita sea! —pensó—. Ya estoy metiéndome en lo que no me importa y además he perdido la pista de Klirking. ¿Qué diría el viejo Martos si supiera que estoy perdiendo el tiempo por los bonitos ojos de una salvaje que me mira cómo podría hacerlo con el polvo de sus zapatos?».

—Bueno —decía el coronel en aquel momento—. Lo dejaré a

usted en Fallujah. Allí podrá volver a

Tel-Aviv

en cualquier barco. Pero conste que lo siento.

Clayton estuvo tentado de decirle que él también lo sentía, pero se reprimió a tiempo. Empezaba a sentirse mucho calor en aquel vehículo metálico y el coronel se despojó de su guerrera, quedándose en mangas de camisa. No dejaba de beber botellines de «Coca-Cola»

y chasqueaba la lengua a cada trago. Clayton, en cambio, hubiera dado cualquier-cosa por un buen vaso de ginebra con hielo y limón, pero supuso que el otro se ofendería si mencionaba la idea siquiera. Así, pues, bajó del camión diciéndole que iba a echar un vistazo y el coronel lo saludó agitando una mano.

El sol abrasaba las arenas del Negeb y el calzado que Clayton llevaba no era el más apropiado para caminar por el desierto. Un «jeep» se había puesto en marcha y, allá, en lo alto, en el cielo intensamente azul, los dos «Spitfires» egipcios revoloteaban como gigantescas aves, vigilando el terreno. A lo lejos se veían las siluetas de dos enormes depósitos de agua de los que los judíos habían construido varios para las colonias que, poco a poco iban fertilizando el desierto. Era, aquélla una estampa que, pese a su desolación, tenía cierto extraño atractivo. Parecía mentira que los hombres pudieran matarse con la saña con que acababan de hacerlo, delante de él, aquella misma madrugada. Los hombres, pensó amargamente, y las mujeres.

¿LA MEJOR COLECCION SOBRE EL OESTE  
AMERICANO?  
¡LA «EXTRAORDINARIA DEL OESTE»!

## IV



LEGARON a Fallujah a las seis de la tarde, después de un viaje bastante agitado. A las dos, un avión judío de reconocimiento los descubrió y se puso a dar vueltas a su alrededor. Los «Spitfires» egipcios lo atacaron, pero el rápido fuego de sus ametralladoras les hizo volver grupas a toda prisa. Era evidente que no tenía bombas ligeras, pero tampoco hizo intención alguna de ametrallarlos. Al cabo de un rato se marchó definitivamente, pero el coronel Ibrahim se mostró un poco pesimista.

—No me gusta eso. Seguramente ha dado ya aviso a alguna patrulla judía y se nos van a dejar caer por aquí.

Y dio órdenes de apresurar la marcha. Hacia las cuatro, en efecto, el soldado que viajaba en el techo del camión blindado,

divisó un convoy que se dirigía velozmente hacia ellos. No cabía duda de que el aparato había cumplido su misión. Clayton, que en aquel momento estaba con el coronel vaciando botellines de «Coca-Cola»

de los que el soldado parecía estar bien provisto, se dio cuenta del pánico que sentía aquel marcial guerrero ante la perspectiva de caer en manos israelitas. Además, ya le había llamado la atención el que dos aviones egipcios estuvieran constantemente dando vueltas a su alrededor. Aquello no era normal, teniendo en cuenta que la expedición se componía nada más que de veinticinco hombres. Y luego, la dirección que había seguido, cruzando a través de una zona de desierto casi virtualmente en manos de los judíos.

—¡Más régimen de marcha! —aulló el coronel. E inmediatamente, el camión aceleró sus ronquidos y los «jeeps» lo siguieron sordamente a su alrededor. Así y todo vieron cómo un pequeño artefacto, mezcla de tanqueta y de auto-oruga, corría a sus alcances. Y aquel chisme llevaba en su parte delantera un pequeño cañoncito que hizo correr un sudor frío por los rostros del coronel y el teniente. No obstante, bien fuese porque el movimiento de los vehículos les impidiese tirar con cierta seguridad, el caso es que no dispararon hasta que vieron la imposibilidad de alcanzarlos. Entonces hizo varios disparos y uno de ellos alcanzó a uno de los «jeeps», clavándolo al suelo. Los soldados que lo ocupaban, heridos casi todos ellos, corrieron a refugiarse en otro, y la marcha prosiguió, mientras Ibrahim-el-Amin respiraba aliviado.

—¡Malditos! —murmuró—. Por poco no...

Clayton se dio cuenta de que había estado a punto de revelar su secreto, pero fingió ignorarlo. Sabía que uno de los compartimientos del camión estaba siempre cerrado y sólo el coronel tenía la llave que lo abría. Allí, probablemente, se escondía la respuesta a aquellas interrogantes.

Poco después alcanzaron la carretera que bordea la costa. Allí vieron los primeros camiones del ejército egipcio que se dirigían también hacia Fallujah. Las palabras del coronel Ibrahim «habrá una ofensiva en esa dirección» no reflejaban exactamente la verdad. Habían sido los israelitas los que atacaron, y estaban llegando ya a los arrabales de la ciudad por la parte noreste. Había un intenso tráfico de soldados y vehículos que conducían municiones y

pertrechos apresuradamente y en todas las caras se leía la rabia. Los oficiales corrían de un lado a otro, dando órdenes y quejándose por lo bajo. En cierta ocasión, Clayton oyó a uno de ellos decir en inglés:

«Nos meten en el lío y luego no saben sacarnos de él».

Era evidente que el gobierno egipcio no ponía de su parte todo lo que debía para detener el arrollador avance israelita, que iba tomando caracteres de franca derrota para los países árabes. En cuanto los judíos dispusieran de suficientes aviones, única arma de la que andaban un poco escasos, los árabes tendrían que empezar a pensar en un arreglo con sus enemigos. Además, quinientos mil árabes palestinos estaban muriendo de hambre en las llanuras transjordanas, a pesar de los esfuerzos de la U. N. R. R. A.

El coronel Ibrahim se despidió de Clayton, preguntándole si quería pasarse por el cuartel general para recoger noticias sobre la marcha de las operaciones. Deseoso de conservar aquel conocimiento, Dan asintió y se dirigió hacia el puerto, siguiendo a los «jeeps», en uno de los cuales sabía que estaba la joven judía.

Vinieron más aviones procedentes del Sur y empezaron a revolotear sobre la ciudad. Era evidente que los egipcios estaban muy nerviosos y en una ocasión vio a un oficial abofetear a los soldados porque se resistían a cumplir alguna orden. La cercanía de las fuerzas de choque de la Hagannah, de la Stern y del Zwei Irgun Leumi, estaban desquiciando los nervios de los soldados.

Vio cómo los «jeeps» se paraban delante de un edificio de adobes en una de las callejas más miserables de Fallujah y cómo los soldados, al mando del teniente, sacaban a la francesa y la metían a empellones dentro de la casa. Estuvo tentado de intervenir, pero decidió no comprometerse. Sabía que si continuaba caminando a ciegas detrás de los magníficos ojos de la hebrea, olvidando lo que era su deber, tendría que presentar su dimisión al

F. B. I.,

pero se sentía sin fuerzas para alejarse de las cercanías de ella. Le atraía como un imán, como la luz a las falenas, era algo más fuerte que él mismo. Con inmensa sorpresa se dio cuenta de que poco le importaba el profesor Klirking, la guerra judeo-árabe y sus posibles consecuencias: lo único que quería era ver libre a Yvette Colár.

De pronto, y mientras se aproximaba a la casa, el ruido, el tumulto, se hicieron mucho mayores, levantando la vista al cielo vio cómo los aviones egipcios se amontonaban como una bandada de palomas asustadas, para luego dispersarse velozmente. Pronto tuvo la explicación. Por el Noreste se aproximaban, ocho aviones, tres de los cuales eran bombarderos «Liberator» y los demás «Spitfire» ingleses. La estrella salomónica campeaba en la parte inferior de sus alas.

Mientras Clayton, figurándose lo que iba a venir al ver las sombrías moles de los bombarderos, se pegaba a la fachada de una endeble construcción, vio salir de la casa de en frente al teniente egipcio, agitando los brazos. Detrás de él un sargento, anglosajón a todas luces, apareció, con una pistola ametralladora en la mano. Los aviones judíos llegaban encima de Fallujah en aquel instante, mientras los cazas entablaban combate contra los aparatos egipcios. Un momento después, uno de éstos últimos se incendió en el aire y cayó velozmente hacia el desierto, mientras un pinto negro, parecido a un paraguas gigante empezaba a descender. El piloto había logrado salvar la vida.

Esta fué la señal para que los aviones egipcios abandonaran el campo. Era evidente que sus pilotos, por muy bravos que fuesen, tenían órdenes del Alto Mando de proteger en lo posible el material, aun a costa de huir. En aquel momento los «Liberator» entraban en acción.

La primera bomba, de doscientas libras lo menos, según calculó Clayton, cayó justamente encima de la refinería de petróleo y la segunda se estrelló contra las instalaciones portuarias, destruyendo un par de grúas. La tercera, con precisión matemática, cayó sobre el cuartel del 5.º Regimiento de Infantería de Su Majestad el Rey Faruk. Un par de antiaéreos enloquecían, llenando el espacio de flotantes nubecillas negras de los «schrappnells», pero sus servidores, demasiado nerviosos, no consiguieron hacer blanco. Por el contrario, los puntiagudos morros de dos «Spitfires» hocicaron hacia las azoteas desde donde se les hacía fuego y a los pocos momentos uno de los cañones quedaba silenciado para siempre.

Clayton vio cómo los bombarderos, siempre escupiendo su carga, se aproximaban velozmente hacia donde ellos estaban y se preparó para lo peor, dejándose caer al suelo y abriendo la boca

todo lo que pudo. Vio cómo dos soldados egipcios que avanzaban corriendo por la calle le imitaban y cómo el teniente y el suboficial se pegaban al quicio de la puerta. Un momento después se desataba el infierno.

Clayton había visto los bombardeos de Londres por «Junkers» y los «Stukas» y, por tanto, no para él ninguna importancia aquella operación en tan pequeña escala. No obstante, lo mismo puede matar una pequeña bomba que una grande.

Hubo un seco retemblar cuando la granada cayó sobre el tejado de la casa de al lado y la onda explosiva levantó en vilo al Inspector del F.B.I., haciéndole caer de nuevo dolorosamente a tierra, tembloroso por la expansión de los gases. Los dos soldados egipcios que se tumbaron junto a él estaban terriblemente quietos en el suelo y de la boca de uno de ellos salía un chorro de sangre negruzca.

Se levantó aturdido, tambaleándose y resudando a bocanadas el polvo de los derribos de adobe que caían por todas partes. Un ladrillo, casi deshecho, le dio en la cabeza y el débil golpe bastó para hacerle caer al suelo. Se levantó de nuevo, con una sola idea: encontrar a Yvette si es que ésta estaba todavía viva, y sacarla de aquel Infierno. Conducirla a... cualquier parte lejos de aquella matanza.

El teniente egipcio había muerto. Una esquirla de la granada había penetrado en su garganta y yacía degollado en el suelo. El suboficial inglés, en cambio, parecía sano, aun cuando tan aturdido como Clayton. Éste atravesó el umbral y se adentró en la oscuridad del Interior.

—¡Yvette! —llamó, con el tono más recio que pudo—. ¡Yvette!

No oyó contestación; pero, en cambio, sí una respiración agitada detrás de él. El suboficial se había puesto en pie y lo contemplaba con el ceño fruncido.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Americano, periodista —respondió Dan, y siguió andando hacia el interior.

—¿Busca usted a la pijoja ésa de la Stern? —preguntó el otro.

Clayton se volvió en redondo. No quería, en manera alguna, ponerse ni de parte de los judíos ni de la de los árabes, pero el insulto a la joven le sacó de quicio.

—Si estuviésemos en otro lado y en otras condiciones —le

advirtió— se iba a tragar la palabrita.

—Es inútil que la busque, «gringo» —contestó el británico, avanzando hacia él con las manos abiertas—. Si no ha muerto por la bomba, no saldrá de aquí más que para ir a un piquete. ¡Lárguese a emborronar cuartillas! ¡Ojalá se mueran todos los puercos judíos!

Dan se lanzó sobre él con todo su peso, pero el otro hurtó ágilmente el cuerpo. Se trataba de uno de esos ingleses de cara encarnada y de músculos y mentalidad de toro. Un tipo muy duro, porque seguramente se había pasado la vida peleando con los puños.

Pero Clayton había sido oficial de tropas paracaidistas, «commando» en una unidad británica y cazador de japoneses en Okinawa. Pocas técnicas de luchar desconocía, y estas pocas no hacían ninguna falta en contra de un enemigo como aquél.

Esquivó ligeramente los brazos del suboficial, agachándose, dio media vuelta, lo pasó por detrás y su brazo izquierdo se enrolló al cuello del soldado como un pitón, mientras una de sus rodillas se incrustaba en la columna vertebral del otro. Esta presa es mortal si la practica un hombre fuerte; pero Clayton no quería matar, no tenía ninguna necesidad de ello; así que no apretó demasiado. Únicamente lo suficiente para hacer crujir unos cuantos huesos y que el inglés se diese cuenta de que no debía «jugar». Luego, lo soltó. Allí, a sus pies, estaba la pistola ametralladora que se le cayese al suboficial cuando estalló la granada. Se agachó, la recogió y el cañón del arma se dirigió rectamente a la cabeza del caldo.

—Ande, levántese, «*roast-beef*». Vine por la chica y no me marcharé sin ella. Le prevengo que le soltaré un tiro en una pierna si se pone pesado.

El inglés se levantó trabajosamente.

—¡Cielos! —dijo—. A usted le enseñaron en los paracaidistas o en los «commandos». —Esa treta no la conocía yo.

—Pues tampoco la aprenderá ahora. ¿Dónde está la muchacha?

El suboficial dio dos pasos hacia delante. Se respiraba un humo acre, espeso, de adobes destrozados y de pólvora. Había allí dos pequeñas habitaciones, evidentemente el «haremlike» del primitivo dueño de la mansión, porque aún se veían restos de chucherías femeninas. En uno de los rincones yacía el cuerpo de Yvette Coléar, amarrado aún como si se tratase de un saco. En un impulso, Dan se

adelantó hacia ella y bajó su guardia. Instantáneamente, el momento fué aprovechado por el inglés para echársele encima como una tromba.

Bajo el peso de su contrario, Dan se vino a tierra, procurando darse media vuelta, pero el otro le sujetaba los brazos fuertemente. Al mismo tiempo, el inglés empezó a dar recias voces, para advertir a los soldados egipcios, mezclando los gritos con abundantes maldiciones.

Mediante un brusco juego de caderas, Clayton logró apartar un poco el cuerpo del otro de su espalda, lo suficiente como meter un codo y apretar el estómago del suboficial salvajemente. Oyó los jadeos resollantes del inglés y largó una patada, una coz, mejor dicho, hacia atrás.

Se sintió instantáneamente libre de los martirizadores brazos del otro y se volvió como un escorpión para enfrentársele. Era evidente que su patada había alcanzado algún punto muy doloroso de la anatomía del inglés, porque éste se retorció, con cara de intenso sufrimiento. Clayton lo castigó severamente con dos cortos «*swings*», que le hicieron perder el conocimiento. Luego, jadeante, se inclinó sobre la muchacha.

Ella había contemplado la pelea con aspecto indiferente. No obstante, sus oscuros ojos se fijaren en Clayton y había en ellos una expresión extraña.

—Mátelo —dijo tensamente—. ¡Mátelo a esa bestia!

—Ni lo sueñe —le respondió el Inspector, pugnando por contener el horror que le causara la petición—. ¿Es usted una bestia salvaje o una mujer civilizada?

Mientras le desataba las manos, tuvo que dejar la pistola ametralladora a su lado, en el suelo. A lo lejos se seguían escuchando las explosiones de los «huevos» de los «Liberators», cayendo sistemáticamente sobre la martirizada Fallujah.

Este fué el momento que aprovechó la muchacha para apoderarse del arma. Clayton llegó justo a tiempo de evitar que enfocase el chorro de balas sobre el caído inglés. Ardiendo de rabia, Clayton, por primera vez en su vida, pegó a una mujer. Y le pegó bien, con gana. Sus manos abofetearon repetidamente aquella delicada piel tostada por el sol de Palestina, hasta que su cabeza pendió sobre los hombros, perdido el conocimiento. Jadeante, aún

tembloroso, Clayton se incorporó, mirándola aterrado.

—¡Santo Cielo! —murmuró—. He perdido el control de mí mismo, he pegado a una mujer y, ¡por Cristo vivo!, que me alegro de ello.

Cogió el inerte cuerpo, se lo echó al hombro y salió de la habitación. Al darse cuenta de que si los soldados egipcios le veían acompañando a una judía, serían detenidos ambos, se paró y pensó un momento desesperadamente. De pronto tuvo una idea. Dejó a la inconsciente joven en el suelo, se quitó él su chaqueta y su camisa blanca y, apartando la vista, despojó a Yvette de su camisa, para ponerle seguidamente la suya. Quedaba el detalle de los pantalones, pero esto era imposible de evitar. No le quedaba más remedio que exponerse.

Salió a la calle, completamente desierta en aquel momento. Dio una rápida carrera, aprovechando el polvo, que lo ocultaba todo, y llegó a la primera esquina. Allí, avanzando en dirección contraria a la suya, llegaba una patrulla egipcia, al mando de un joven oficial.

—¡Americano! —gritó Clayton—. ¡Periodista americano! Creo que han herido a mi esposa —añadió, cuando estuvo más cerca.

El oficial contempló a Yvette con indiferencia cortés. Era evidente que tenía otras cosas en qué ocuparse, y no de aquel americano desnudo de medio cuerpo para arriba y que llevaba una muchacha en los brazos.

—No siga por aquí, entonces —le respondió, haciendo señas a sus hombres de que continuasen el camino—. Esos perros están llegando a las primeras casas de la ciudad.

Y se alejó corriendo. Clayton esbozó una torcida sonrisa. Allí, cerca, muy cerca, estaban los compañeros de Yvette, y el objetivo que le había hecho a él mismo abandonar los Estados Unidos para cumplir una misión. Era, pues, «aquél», precisamente el camino que debía seguir.

Corrió desatentadamente, siempre estrechando a la joven contra sí, dándose cuenta apenas cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Y, sin embargo, la escena era espantosa. Más aún: era una serie de horrores encadenados.

Las mujeres árabes, las últimas, que, por falta de medios de transporte no habían podido ser evacuadas antes de la llegada de las tropas israelitas, corrían, con los niños pequeños en los brazos y

los un poco mayores agarrados a las faldas. Ancianos, mendigos cubiertos de llagas, civiles heridos por las explosiones de las bombas, se apretaban, se pisaban, todos, con el espanto retratado en el semblante. Habían oído hablar de las atrocidades cometidas por los judíos y su único anhelo era alejarse cuanto antes de ellos. Tras aquella oleada de fugitivos, iba quedando un reguero de personas atropelladas, niños retorciéndose en el suelo y mujeres clamando a gritos en su sibilante lenguaje, al ver a sus hijos aplastados por el terror de la multitud.

Clayton, con su carga, se pegó a la pared de una casa de adobes, para evitar ser arrastrado por aquella avalancha empavorecida. También vio, mezclados a los albornoces, varios trajes caqui. Era evidente que el Ejército egipcio retrocedía constantemente.

Por el otro lado de la calle, bayonetas en ristre, una compañía de Su Majestad, con algunas ametralladoras ligeras y de trípode, llegaba abriéndose paso entre el paisanaje. Los aviones judíos, cumplida su misión, se retiraban hacia

Tel-Aviv,

y sólo quedaba allí uno de los «Spitfires», seguramente como observador y enlace con las tropas judías de tierra.

Clayton se dio cuenta de que, si las tropas egipcias se situaban entre los judíos y él, las posibilidades de alcanzar las líneas israelitas iban a ser muy escasas. Decididamente, hendió la multitud, sujetando a Yvette con un brazo y actuando con el otro como si fuese una palanca. Debido a que ya la muchedumbre iba clareando, pudo alcanzar su objeto, el acercarse cada vez más a la periferia de la ciudad. Y allí era dónde iban a empezar sus dificultades.

Se oía perfectamente, dominando los ruidos, el carraquear de las ametralladoras egipcias y el «paqueo» de los tiros sueltos. Pero a estos sonidos se mezclaban ahora las graves pulsaciones de los «Oerlifcons» judíos de 37 milímetros y los estremecedores latidos de los 5'5 de los tanques.

Clayton comprendió que no podría pasar a través de la línea defensiva árabe, a pesar de que ésta retrocedía cada vez más. No tenía más remedio que esperar la noche, que ya no tardaría mucho. Pero no podía esperarla allí, en medio de la calle.

Un oscuro quicio se abrió a su derecha. La puerta colgaba de los

goznes, desencajada, y sin pensárselo mas, se introdujo en la casa. Ésta tenía más pisos y Clayton ascendió al segundo por una escalera desvencijada, que amenazaba ruina a cada momento.

La parte superior, como en todas las casas árabes era una terraza, casi en ruinas y con algunos agujeros, peligrosos si alguien metía un pie en ellos. Clayton dejó a la joven al abrigo de la balaustrada y tendió la vista alrededor.

A su espalda tenía toda Fallujah, luciendo cegadoramente al sol poniente el encalado de sus casas y los pocos cristales que quedaban enteros. Enfrente tenía la línea de batalla, perfectamente visible desde donde él estaba. Por ejemplo, a la derecha y delante, se vislumbraban las columnas de soldados egipcios, con casco de acero que llegaban constantemente para tratar de contener la acometida israelita, cargados con ametralladoras y algunos, muy escasos, cañones antitanques. Y más lejos aún, moviéndose en el límite de las huertas de la ciudad y el desierto, se divisaban las agrupaciones de asaltó judías, allí varios tanques ligeros, de una gran movilidad que bombardeaban las líneas árabes y tres cañones montados sobre autos orugas, espléndidos «Oerlifcons» de 3,7, de fabricación recentísima y que con tanta eficacia utilizaron los ingleses en la última guerra.

Luego se veían las densas masas de ataque israelitas como una mancha de aceite que fuera extendiéndose hacia el Sur. Era evidente que quizá aquella misma noche, Fallujah quedaría cercada y sin comunicación con el resto de las fuerzas egipcias. Como oficial durante la guerra, Clayton se dijo que la maniobra israelita era magnífica. Un ataque frontal para distraer fuerzas, utilizando el material más pesado que tuvieran, y luego, un movimiento envolvente.

«No hay esperanzas para la ciudad», pensó, y movió la cabeza. Se sobresaltó al oír la voz de Yvette que sonaba a sus espaldas. Se volvió y vio que la joven se había puesto penosamente en pie.

—Ya están ahí —decía salvajemente—. Ya están ahí los nuestros.

Con la mano puesta a modo de visera delante de los ojos, contemplaba cómo se movían los regimientos en torno a la ciudad.

**NEVADA**

**EXTRAORDINARIA DEL OESTE**

**F . B . I .**

**¡TRIO DE ASES!**

**¡POKER DE ASES!**

Por ser de **EDITORIAL ROLLAN**

## V



LAYTON la miró con expresión extraña.

—Es usted la mujer más dañina de todas las que vi en mi vida —dijo—. Y conste que no me pasé la vida pegado a las faldas de mamá.

Ella se volvió y, ante su inmenso asombro, el inspector del F. B. I., se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—¿No peleó usted en la guerra? —preguntó de pronto—. ¿No luchó por su patria y en defensa libertad y de la justicia? ¿Por qué no puede comprender esto, entonces? Clayton se sintió tentado de volver a pegarle.

—¡Sí, he peleado! —gritó—. Pero no de la forma en que lo están haciendo ustedes, empleando mujeres en los combates cuerpo a

cuerpo, asesinando a uno de los hombres mejores que han hombre que solamente vino a Palestina porque así sí lo mandaba la Organización de las Naciones Unidas, un hombre que había pasado su vida dedicado a hacer el bien. ¡Y fueron ustedes, los de la Stern los que lo mataron, a sangre fría, porque quería mediar entre ustedes y los árabes! Y aún tiene el valor de preguntarme cómo no puedo comprender sus sentimientos... ¡Bah! El imbécil soy yo por meterme a redentor de nadie. Pero, de veras, no puedo ver con tranquilidad lo que están haciendo ustedes y los del Zwei Irgun, hato de asesinos.

La joven había erguido su alta estatura al oír aquellas palabras, pero sus ojos no miraban ya con la fiera selvática de antes.

—Nadie más que yo lamentó la muerte del conde Bernadotte —dijo—. Y por ello estuve a punto de salirme de la Stern. Pero el Gobierno Israelita es débil aún y somos necesarios en las fuerzas de choque. Por eso me quedé, en un puesto en el que se me permitiese pelear con mis propias fuerzas. Yo... —calló un momento y bajó la vista. Jugueteando con la tela de la camisa—. Yo... Mi hermano pequeño, de quince años, fue asesinado por unos beduinos en la colonia de Richon-el-Zion, adonde había llegado desde Francia. Al saberlo juré que lo vengaría, y eso es lo que he venido haciendo hasta ahora.

Clayton no había perdido a un hermano en la guerra, sino a dos, muertos ambos en Tulagi, con una diferencia de dos días, pero no se creyó obligado a contestar a la joven sobre este punto. Y él no había sentido deseos de matar más japoneses de los necesarios.

La luz del sol, que había ido decreciendo poco se acabó de pronto como una lámpara que se apaga. Inmediatamente, en el campo israelita brotaron bengalas-cohetes, que se elevaron chisporroteando en el aire. Y empezó el ataque.

Clayton se aproximó a la muchacha.

—Escuche —le dijo—. Voy a procurar que llegue usted a las líneas judías, y conste que no hago esto porque sienta más simpatía por ustedes que por los árabes. Casi, después de lo que he visto, sienta, al menos, piedad por esta pobre gente que sus bombarderos han machacado hoy. No, no lo hago por eso, sino porque creo que los egipcios la fusilarían a usted si volviese a caer en sus manos, y yo no deseo esto. Esta noche procuraremos alcanzar a sus

hermanos.

—Gracias —dijo ella sencillamente, mirando hacia lo lejos—. Ya me he dado cuenta —prosiguió, con aparente incoherencia— de que se ha tenido usted que despojar de su camisa por mí. Debo reconocer que no me he portado del todo bien.

A despecho suyo, Clayton sintió que su rencor se iba amortiguando al oír el tono de la joven. La belleza espléndida de Yvette Coléar había provocado en él un cúmulo de sentimientos que aún no se atrevía a tratar de analizar. Lo único que sabía es que el pecho se le llenaba de alegría ahora, cuando la oía hablar de aquella manera tranquila y reposada.

—No tiene importancia —dijo—. No podía llevarla a usted a través de las tropas egipcias con su camisa de la Stern. Pero ¿por qué quiso matar al soldado inglés? Hube de pegarle para evitarlo.

Ella no contestó al principio. Solamente casi dos minutos después, dijo en voz baja:

—Intentó... abusar de mí. Lo impidió el teniente que me capturó.

Clayton se estremeció ante la crudeza de la situación y calló, sin saber qué responder. En aquel momento vieron que se multiplicaban las luces de las bengalas en el campo judío y que un reflector se encendía en alguna parte. Era evidente que los árabes se habían dado ya cuenta de la maniobra judía e intentaban por todos los medios evitar el copo. «Pero esto —se dijo Clayton— les iba a ser bastante difícil, si no imposible».

—No sé si vamos a poder dar el salto esta noche —dijo, volviéndose a su compañero—. Los israelitas pueden matarnos confundiéndonos con árabes.

—Tengo que ocupar mi puesto de nuevo, y más ahora que se va a dar el asalto a la ciudad —respondió ella, obstinadamente—. Pienso arriesgarme a ello. Pero usted puede quedarse aquí. Nadie le molestará.

Clayton tuvo un estremecimiento de frío, ya que había dejado su chaqueta en la casa en que Yvette estuviese prisionera. Menos mal que pudo guardar su documentación en uno de los bolsillos del pantalón. Era cierto, como dijera la hermosa israelita, que nadie se atrevería a molestarle, pero también era verdad que la sola idea de dejar a la muchacha abandonada a su suerte se le hacía repugnante.

Además, su puesto estaba en el lado judío de la línea, pensó, acordándose de Samuel T. Klirking y de su misión.

—Intentaré pasar con usted —dijo.

—Usted tiene frío —respondió de pronto ella, mirándole con atención.

—Pues, un poco.

—Lo siento. Creo que es por mi culpa. Podríamos buscar alguna prenda de ropa por ahí. Quizá alguno de los propietarios se haya dejado una chilaba o algo así.

—Gracias, no. No me agradaría que alguno de sus compatriotas me confundiera con un árabe y me acribillase a balazos. Prefiero seguir así.

Hubo súbitamente una intensa explosión, casi al lado de ellos. A pesar de la oscuridad pudieron distinguir una espesa humareda, que se levantaba dos casas más allá.

—Ésos son morteros —dijo Clayton, al sonar la segunda detonación—. Y, o mucho me engaño o son americanos. Me parece conocer el ruido que arman.

Yvette afirmó con la cabeza.

—Llegaron hace unos días. No sabía que ya estuviesen aquí, en Fallujah. Son unas armas muy buenas. Mire, aquella casa se ha hundido por completo.

A las explosiones se habían mezclado los gritos y alaridos de los soldados egipcios heridos. Una corneta sonó en alguna parte y, de pronto, dominándolo todo se elevó una extraña melodía, de ritmo lento y obsesionante, que a Clayton le sonó instantáneamente como algo eslavo. Era conmovedor escucharla así, en medio de los disparos y a la fantasmal luz de las bengalas.

—La «Hatíkvah» —dijo Yvette, jadeando de emoción, brillantes los espléndidos ojos.

Y al momento siguiente, con voz llena y dulcemente timbrada, coreó la canción[1].

Clayton le tapó la boca con la mano.

—No sea loca, de puro patriótica que se siente —le susurró—. ¿Ignora que pueden matarla si la descubren aquí, y que nada de lo que yo pudiera hacer serviría para impedirlo?

—Y ¿qué importa? —preguntó ella apasionadamente, intentando soltarse—. ¿Qué importaría mi vida «ahora»?

Clayton contuvo unos irresponsables deseos de decirle que a él le importaba demasiado. La cara de la muchacha estaba tentadoramente cerca de la suya, tan tentadoramente cerca, y sus ojos reflejaban tal excitación, que, sin poderse contener, besó los rojos y entreabiertos labios. Por un momento pareció que la joven iba a responder a la caricia, pero al instante siguiente se separaba de él.

—¡Bestia! —dijo—. Es usted tan bestia como el inglés. Si tuviese un arma, ¡por Dios!, que lo mataría.

Clayton no dudaba de que lo habría hecho; pero, por otra parte, el mal no era tan enorme.

—Dispénsame —dijo, apartándose—. No quise hacerlo, pero perdí la cabeza —luego, algo en él se rebeló ante el acento insultante de la muchacha—. Y después de todo, no será la primera mujer a quien besan, ni la última.

Ella no contestó. Le volvió la espalda con un gesto humillantemente despreciativo, que hizo enrojecer las orejas de Clayton. Se dijo, rabioso, que si aquella fiera se casaba algún día, el marido tendría que utilizar un látigo para domarla. Pero la idea de que se pudiese casar «con otro», le resultaba insoportable.

Un nuevo mortero cayó repentinamente muy cerca de donde estaban ellos. El polvo les hizo toser dolorosamente, casi despulmonándose, y algún trozo de adobe, duro como el cemento, debió golpear a Yvette en la cabeza, porque la muchacha se apoyó en la balaustrada. Inmediatamente, Dan se acercó a ella y la cogió del brazo.

Yvette Coléar se soltó bruscamente, mirándolo con odio, con un odio tan salvaje, que casi se «palpaba».

—¡Suélteme! —ordenó.

De una rozadura de gran tamaño, en su sien, empezaba a brotar la sangre, espesa y cálida.

—¡Oh, váyase al diablo, fiera! —le respondió él, perdida la paciencia—. No vamos a pasarnos la noche peleándonos como un par de gatos en un tejado. —Le doy mi palabra de honor de que, en cuanto hayamos logrado alcanzar las líneas de sus compañeros, no volverá a oír hablar, de mí.

—Puede marcharse ahora. No lo necesito para nada —replicó ella, alzando orgullosamente la espléndida cabeza, que el viento del

desierto despeinaba—. ¡Vamos, váyase!, y escóndase en cualquier agujero hasta que pase todo. Quizá encuentre a alguna egipcia a quien besar.

Dan Clayton dominó unos antinaturales impulsos de echarle las manos al cuello y ahogarla. Pero procuró mantener la calma, aun a costa de un gran esfuerzo de voluntad.

—Me gustaría golpearla a usted con un látigo —dijo—. Golpearla hasta que le hiciese saltar la piel a tiras. Pero, por desgracia, eso es imposible. Solamente quiero decirle que...

Fué interrumpido por un atroz griterío en la calle. Los morterazos y las granadas de los tanques y «Oerlifcons» habían ido arreciando de intensidad; pero, en cambio, las bengalas habían desaparecido en los últimos minutos. Súbitamente, el fuego, que hasta entonces había ido ciñéndose a la periferia de la ciudad, por la parte donde estaban los dos fugitivos, saltó bruscamente, buscando el corazón de la martirizada población. Clayton, exoficial, comprendió que el asalto era inminente. El fuego de tambor se convertía en fuego de barrera, para impedir llegar los refuerzos a las primeras líneas.

Los gritos que se oían eran de los primeros soldados egipcios que empezaban a retroceder. Oyeron roncadas voces en inglés y en árabe, que conminaban a los soldados a hacerse fuertes y aguantar el asalto israelita.

—¡Vámonos! —aulló al oído de Yvette—. ¡Vámonos, o por Dios que nos encontrarán! Los suyos están avanzando ya.

Descendieron la escalera desatentadamente, tropezando con los gastados peldaños, hasta encontrarse en el zaguán. Sombras confusas pasaban como exhalaciones por delante de la puerta y, de cuando en cuando, un fogonazo rayaba de rojo la oscuridad. Gritos, ruido de botas claveteadas al tropezar contra las piedras y los cascotes y, a veces, un gemido. Los egipcios se retiraban hacia el centro de la ciudad.

Escondidos en el quicio esperaron. Vieron pasar a los últimos soldados árabes, los que se volvían cada cinco o seis pasos para hacer fuego a su espalda, y un momento después, los sones de «Hatikvah» llegaron de nuevo a sus oídos, mezclados con los gorgoteos de las granadas de mano.

Esta vez, nadie impidió a Yvette Coléar que corease la canción.

Las notas brotaron de sus labios y fueron a añadirse a las de los que llegaban. No habría pasado un minuto, cuando vieron avanzar a las primeras fuerzas de la Hagannah, bayoneta calada y lanzando granadas, que sacaban de las bolsas de costado. Eran hombres altos, con las camisas destrozadas por el encuentro que acababan de tener, y en cuyos ojos brillaba el fanatismo. Sonaban roncadas voces, hablando y ordenando en hebreo, alemán, francés, polaco e inglés; pero no parecía que aquella babel impidiese, en lo más mínimo, el éxito de la batalla. Cada cual, por lo visto, sabía perfectamente lo que tenía que hacer, y lo hacía.

Pasados los primeros grupos de asalto, llegaba la infantería semita, cargada con las ametralladoras, ya dispuestas para ser emplazadas. Detrás, unos cuantos individuos con «bazookas» y morteros. Yvette Coléar, que esperaba aquel momento, salió corriendo a su encuentro, y Clayton la siguió. Instantáneamente, varias armas apuntaron en su dirección.

—«¡Halt!» —ordenó una voz, dura y cortante.

Pero ya habían sido reconocidos sus pantalones y el pañuelo. Al mismo tiempo, Dan gritó, con todo el volumen de voz que le fué posible, su nacionalidad.

Un oficial de la Hagannah, alto, con una gorra de plato en la cabeza y en cuyas manos se vela una pistola ametralladora, se adelantó y lanzó sobre ellos una chaparrada de palabras en inglés, con marcado acento americano:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? ¿Estaban prisioneros?

Nuevas columnas de ataque seguían llegando desde las huertas, pero algo había debido ocurrir hacia el centro, porque las tropas de delante no dejaban avanzar a las de atrás. Empezaron de nuevo a oírse órdenes.

—La chica sí estaba prisionera —dijo Clayton—. Yo, no. Soy periodista.

—¿Cuántas fuerzas tenían los egipcios en Fallujah? —preguntó el oficial, en cuyas charreteras se veían los clavos de teniente coronel.

Dan se irguió.

—Lo siento, hermano —dijo, de mal talante—. Yo soy un neutral. La muchacha puede hablar, sí quiere.

Dos jóvenes auxiliares de las fuerzas habían avanzado hacia Yvette Coléar y le estaban prestando los primeros auxilios. También ellas iban vestidas de uniforme. Ahora le estaban curando la herida de la frente.

—No puedo saber cuántos hay —respondió Yvette, mirando al teniente coronel—. Pero cálculo que unos tres mil.

Clayton sabía que debía de haber menos, pero no se creyó obligado a ilustrarles sobre ese punto. Le había molestado que el oficial creyera que él era un espía.

—Supongo que querrá usted volver a  
Tel-Aviv

—dijo éste—. Puedo proporcionarle el medio de hacerlo. Llevo aquí también algunos periodistas americanos, ingleses y franceses. También puede quedarse con ellos.

—Prefiero volver a  
Tel-Aviv

o a Jerusalén —respondió.

No sentía ningún deseo especial de verse con otros periodistas americanos, porque éstos empezaban a hacerle preguntas enojosas, para las que no tenía respuesta. El oficial, que por lo visto era el jefe de información, señaló hacia atrás y un soldado se acercó.

—Lleve al señor a retaguardia —ordenó— y que espere allí. En cuanto a usted, muchacha, también le convendría ir a retaguardia.

—Si me dan una «Bren» —respondió ella, alzando la cabeza— puedo ir a primera línea. Quiero pelear.

—¡Ah, ya! De la Stern, ¿no? —preguntó el oficial—. Pues aquí no manda nadie más que yo, y usted no va a coger una «Bren» ni nada más ofensivo que una aguja de hacer calceta. A retaguardia, he dicho.

—Buscaré a los míos —aseguró ella, con los ojos brillantes y temblándole el labio inferior—. Buscaré a los míos y ellos me darán lo que pido.

—Pues búsquelos y váyase al diablo, pero no será sin antes haber cumplido mi orden, aunque tenga que llevarla atada. Estoy harto de disgustos con sus malditos compañeros de fechorías.

Y prosiguió su camino hacia delante, acompañado de un par de oficiales de menor graduación. Yvette temblaba de rabia mal contenida, pero no le quedaba otro recurso que obedecer. Ya el

soldado había cogido a cada uno de un brazo y caminaban rápidamente entre las tropas que llegaban. Clayton calculó que, por lo menos, cerca de tres millares de semitas habían tomado parte en el ataque a Fallujah por aquella parte.

En el límite de las huertas se agolpaban ahora los «Jeeps», los camiones automóviles y los auto-orugas que habían servido para transportar el material. A despecho de la enorme cantidad de gente, las cosas se movían como bien engrasadas piezas de una máquina. Los enlaces, subidos en sus motocicletas, corrían de un lado para otro, llevando y transmitiendo órdenes, y en un cobertizo, que debió ser antes una granja árabe se veían luces de pila y pasar y repasar una alta figura. Aquél debía de ser el puesto de mando. El soldado los condujo directamente a un camión cerrado, alrededor del cual había media docena de hombres charlando, y otros tres con máquinas fotográficas. Era el camión de los reporteros extranjeros.

—Un nuevo emborrón-cuartillas —dijo el soldado, que lucía en su manga los dos ángulos de cabo—. Os vais convirtiendo en una peste.

—Tú vete a perseguir beduinos —le contestó uno de los corresponsales, mientras estrechaba la mano de Clayton—. Me llamo Harria, del «Wichita Post».

—Yo, Clayton, de la agencia «Velo». ¿Cómo estás?

—Bien, hombre. Éstos son los compañeros de los periódicos ingleses y franceses. Pero ¿dónde diablos dejaste tu chaqueta y tu camisa?

—Las perdí en el fregado —respondió Clayton, observando cómo los ojos de los periodistas se fijaban atentamente en la joven, que, sola, se había apoyado en uno de los costados metálicos del camión—. ¿No podéis darme una camisa o algo?

El americano le trajo una cazadora con cuello de piel, y Clayton se la puso, agradecido al suave calorcillo. En aquel momento, un soldado apareció corriendo a toda velocidad de su motocicleta. Descendió ante el cuartel general y entró de un salto.

—Eso debe ser que han terminado ya de tomar la ciudad —dijo Harria.

—No lo creo —afirmó el francés—. Los disparos suenan hacia el mismo sitio que antes.

En aquel momento se vio bullir el cuartel general. El hombre

alto, el general de la división, salió, montó en el sidecar de la «moto» y se alejó rápidamente. Un oficial subalterno llegaba corriendo hacia donde se encontraban ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Harria.

—No lo sé —respondió el judío, con una mueca de preocupación—. El caso es que los egipcios se han hecho fuertes y no podemos desalojarlos. Se está luchando a la bayoneta, casa por casa. Pero pueden tomar nota de que las tropas que se movían hacia el Sur han terminado ya el movimiento de copo. Fallujah está cercada y su caída es cuestión de horas. Debo reconocer que los egipcios se están portando como unos bravos. Combaten bien.

Y se marchó. Los corresponsales se miraron sonriendo y empezaron a tomar nota.

Pero llegó la medianoche y todavía se seguía combatiendo frenéticamente casa por casa, calle por calle, con pérdidas espantosas por ambos lados. Dos mil egipcios, comprimidos en las partes sur, oeste y norte de la población, peleaban con valentía y se dejaban matar antes de permitir a sus enemigos la entrada en una sola habitación. Llegaban de todas partes los heridos, tanto árabes como judíos, que eran atendidos Inmediatamente por los médicos semitas.

Clayton, desesperado, se acercó a la joven, que no se había movido de donde estaba. Ella le volvió la espalda. Al amanecer, los judíos se retiraban del centro de la población cercada, vista ya la completa inutilidad de querer tomarla a la bayoneta. Inmediatamente, los cañones de los tanques y los «Oerlifcons» comenzaron de nuevo su tarea destructiva. De Fallujah se elevaba constantemente una nube de humo y de polvo, y dentro de aquella nube, un puñado de soldados resistía tan heroicamente que merecieron, casi un mes después, la salida de la población con todos los hombres, entre una doble guardia judía que les presentaba armas. Clayton, en un «jeep», volvió a

Tel-Aviv

sin haber conseguido arrancar una palabra más de los labios de la judía. Llevaba la muerte en el alma, pero tenía ante sí una misión que cumplir. Trataría de olvidar aquella pesadilla, en la que brillaban dos ojos profundamente oscuros. La última vez que la vio fué cuando un grupo de la Stern se la llevaba en un auto-oruga.



---

La juventud prefiere las dinámicas novelas de  
**Selecciones NEVADA**

¡AVENTURAS!

¡ACCION!

¡INTRIGA!

## VI



UNQUE había pasado aún muy poco tiempo, el aspecto de las ciudades eminentemente judías, como

Tel-Aviv,

había cambiado. La gente se mostraba optimista ante los avances de las tropas de Israel y las sucesivas derrotas que iban sufriendo los Ejércitos sirios, libaneses y egipcios. En Jerusalén, en cambio, la situación continuaba estacionaria, con fuertes combates de morteros y cuerpo a cuerpo entre los israelitas y la legión transjordana. Pero ya se tenía por casi cierta la victoria de los sionistas.

Clayton se dirigió rectamente al Hotel Galilea, situado en la plaza de Hanunké. Llegaba muy cansado y lo único que quería era darse un buen baño cuanto antes; pero no lo consiguió tan pronto

como esperaba. La primera persona que vio al atravesar la puerta giratoria y dirigirse al «comptoir», fué a *miss* Helen Temple, muy bonita con su traje blanco mañanero y un extraño sombrerito rojo con una pluma.

Helen le salió al encuentro sonriendo de una manera cautelosa. No podía olvidar que aquel individuo la había dejado plantada un par de días antes con el pretexto de que tenía que escribir unas crónicas.

—¿Dónde se mete? —le preguntó—. Y ¿por qué se ha vestido de una manera tan rara?

La manera rara era que Clayton no llevaba ninguna ropa debajo de la cazadora que le diera Harris, el periodista americano, y el velludo pecho quedaba en parte al descubierto.

—Anduve vagabundeando por ahí y me encontré metido en un lió entre judíos y árabes —dijo, dirigiéndose al mostrador—. Quiero una habitación con cuarto de baño —anunció.

—Imposible, señor —respondió el empleado, un griego muy cargado de cosméticos y brillantina—. No queda ninguna libre y hay gran número de personas que las tienen pedidas con mucha anticipación. Lo siento, señor.

—¿Se aloja usted en el hotel? —preguntó Clayton, disgustado, volviéndose a Helen.

—Claro. ¿Cree que me iba a ir a vivir a una caseta en el puerto?

—¿Cómo logró habitación? Estoy dispuesto a matar a alguien con tal de tomar un buen baño.

Helen se cogió la carita picarescamente con una mano.

—Tengo cierta idea de que el dinero de mister Temple, mi padre, ha tenido algo que ver con que me hayan proporcionado tan de prisa tres habitaciones con baño. Es que, verá: mi padre está asociado con un tal mister Greenberg, Jacobo Greenberg. ¿Comprende? Y, como es natural, en la lista de donativos para los judíos de Palestina, la Temple Corporation ocupaba un lugar muy bonito, el tercero, o algo así. Les ha bastado con saber mi nombre para darme toda clase de facilidades. Estos judíos son muy listos, aun cuando algo tortuosos, y saben lo que les conviene, ¿no le parece, mister Clayton?

—¡Maldita sea mi suerte! —le respondió él—. Bueno; tendré que marcharme a otro sitio.

La joven lo tomó del brazo.

—Oiga, mire, usted se portó muy mal conmigo dejándome sola allí, de aquella manera, pero quiero demostrarle que no soy rencorosa. Yo ocupo una de las habitaciones y Cleopatra, mi doncella, otra. La tercera es la sala. Puede usted dormir en ella; sería muy fácil poner allí un colchón o un diván. Y puede utilizar mi cuarto de baño, siempre que no coincidamos en las horas de usarlo —añadió con una sonrisa.

—Es usted un ángel —respondió Clayton efusivamente, sonriendo por primera vez en toda la mañana—. Nunca podré pagárselo.

—¡Oh, sí! No dejándome plantada de cualquier manera para escaparse con alguna israelita batalladora más o menos guapa. Y aquélla lo es. ¿Quién era?

Clayton no respondió. Apartó la vista y se dirigió al del «comptoir».

—Ya ha oído a *miss Temple* —dijo, secamente—. ¿Quiere enviar un diván o algo allí?

—No hay divanes desocupados, pero le puedo subir un par de sillones, señor. Tenga la bondad de firmar.

Helen Temple se había quedado mirando a su compañero y comprendió que algo andaba mal. Suspiró y decidió que los hombres eran unos tontos de capirote. ¡Mira que enamorarse de aquel ser andrógino!...

—He visto al profesor Klirking —dijo de pronto, mientras subían la escalera, para romper el silencio penoso.

Clayton la miró fijamente.

—¿De veras? —preguntó.

—Sí. Me saludó muy atento, pero pareció que tenía grandes deseos de marcharse. Yo no sé qué pasa aquí, en Palestina, que todos los hombres parecen tener mucha prisa. Usted, el profesor...

—¿Dónde lo vio? —preguntó Clayton.

—Pues en una de esas calles que llevan al parque. Se metió en una casa de un solo piso. Iba con un individuo vestido de paisano.

—¿Podría usted encontrar la casa de nuevo? —insistió el inspector del

F. B. I.

—Pues creo que sí. Pero, bueno, ¿a qué viene todo esto? ¿Quiere

usted ver al profesor?

—¿Lo preguntarla, si no?

—Está bien, misterioso; puede guardárselo, si quiere. De esto me sirve el portarme bien con la gente.

Clayton le cogió una mano.

—Dentro de poco tiempo podré decirle algo, preciosa —le aseguró—. Por ahora, no tengo más remedio que callarme. Secreto de Prensa, ¿sabe?

—Secreto de narices —respondió, con muy escasa cortesía—. Es igual. Ande, báñese y luego lléveme a comprar un helado de crema, si es que los hay en este país.

Una hora más tarde, Clayton se reunía con ella, bañado, afeitado y con un nuevo traje, ya que le habían enviado su maleta desde el «Florida». Pero no fueron a comprar el helado de crema, pese a las protestas de la jovencita. Por el contrario, hizo que le guiara por la amplia avenida de las Tribus y torcer por una calle, un poco más estrecha y libre del fárrago de la gran arteria.

—Olga —protestó la hija del fabricante de automóviles—. Que yo he venido aquí, a Palestina, para divertirme, no para andar corriendo detrás de un profesor de Sociología, que seguramente nos soltará un documentado discurso sobre las líneas comparativas entre los diversos sistemas sociales de treinta tribus de la Nigeria oriental.

—Haga lo que le digo, joven —le respondió él, cogiéndola del brazo—, y verá qué contenta se siente luego por haberme ayudado. Le prometo el mejor helado que se pueda conseguir por dos dólares.

—Pues vaya preparando los dos papelitos, porque era aquí.

La casa, con la fachada de color muy claro, como casi todas las de

Tel-Aviv,

constaba de un solo piso. Sus balcones, corridos, formando ángulos en los esquinzos, estaban cerrados y bajadas las persianas, pese al magnífico tiempo. A la izquierda, un par de manzanas más allá, verdeaba el parque, extrañamente vacío de niños a causa de la guerra.

—¿No se habrá equivocado? —preguntó con tono de sospecha, el inspector.

—No, tonto. Tengo muy buena memoria visual. Era aquí y no en

ningún otro sitio. Si no me cree...

Clayton dudó un momento. Tenía dos caminos: o ponerse a vigilar la casa y esperar, por si veía al profesor Klirking, o decidirse y llamar o intentar entrar de alguna manera. Pero para ello tenía que deshacerse de la jovencita, y esto iba a resultar difícil. No quería ofenderla.

—Vaya, vaya —dijo—. Bueno; de acuerdo, pagaré mi helado. Vamos a buscarlo.

—De veras; dígame por qué tiene tanto Interés en encontrar al profesor Klirking.

—¿Sabría usted guardar un secreto? —le preguntó él, confidencialmente.

—Claro que sí.

—Y ¿lo olvidaría apenas se lo dijera?

—Sí —afirmó ella, inclinándose, anhelante, hacia él.

—Bueno; pues haga como que se lo he dicho y lo ha olvidado. Vamos a comprar el helado.

Ella arrojó su bolso al suelo.

—Canalla —afirmó—. Me las pagará. Tendrá que mudarse a otro hotel.

Clayton recogió el bolso y se lo entregó.

—Ya verá cómo nos divertimos mucho en seguida —prometió.

Clayton miró su reloj de números luminosos. La ciudad estaba completamente a oscuras, por temor a las incursiones aéreas, aun cuando éstas iban siendo cada vez menos frecuentes, debido a la superioridad que iban adquiriendo los judíos. Así, pues, enfundado en su traje azul marino, era completamente invisible, a no ser que alguna patrulla de la Policía militar lo descubriera.

Las once y veinte, y ni una luz se había encendido en la casa, cosa que se hubiera visto por alguno de los resquicios de las maderas.

Aquello debía estar completamente abandonado. Se dijo que esperaría otros diez minutos más, y entonces procuraría entrar en ella. Quizá todo quedase en agua de borrajas, pero necesitaba a toda costa dar con el paradero de Samuel T. Klirking. A toda costa.

Las once y media. Una patrulla pasó por la avenida de las Tribus, a pocos metros de él, y en el parque, los centinelas de las piezas de artillería antiaérea se llamaron uno a otro en alemán.

Clayton atravesó la calle silenciosamente y se encontró ante la puerta de la casa. Es

Tel-Aviv,

quizá, la ciudad más moderna del mundo, y las casas carecen de portales propiamente dichos. Pero ésta tenía una cancela espesa, tupida, justamente delante del patinillo, que poseen la mayor parte de las casas. Esa cancela era la que Dan Clayton desearía salvar.

Hurgó un poco en la cerradura, tipo «Yale», corriente, con la maestra de que van provistos todos los agentes del

F. B. I.

Era una barrita de metal, aplastada por uno de sus extremos y doblada en forma de codo. Construida con el mejor acero salido de las fábricas de Pittsburg, aquella ganzúa podía abrir cualquier cerradura que no fuese de un tamaño exagerado.

La cancela se abrió sin un chirrido, y se encontró dentro del patinillo. Avanzó por el piso de grava hasta encontrar la puerta de la casa, y volvió a emplear la ganzúa. Esta vez le costó algo más de trabajo, pero al cabo de tres minutos ya había acabado. Estaba dentro.

Sacó su pequeña linterna, no mayor que un mechero, pero que daba bastante luz y la enfocó delante de sí. Una habitación cuadrada, sin muebles, pero con cuadros de asuntos religiosos en las paredes. Enfrente a la puerta por donde él entrara había otra, cerrada también. Con paso de lobo avanzó hacia ella.

Tampoco en esta nueva habitación había luz, pero su linterna le reveló la presencia de una mesa grande (las dimensiones de este cuarto eran superiores a las del zaguán) y varias sillas colocadas alrededor. En la pared, empotrado, un armario o algo así. A él se dirigió y tiró de la empuñadura. No se abrió y requirió a la ganzúa, pero ésta tampoco sirvió. Era evidente que tenía algún mecanismo especial que impedía se abriera a no ser con su llave. Desilusionado, Clayton volvió a la mesa. Era evidente que aquella habitación estaba destinada a conferencias o algo por el estilo. Y no había allí ninguna otra puerta, lo que le extrañó, porque la casa no podía ser tan pequeña como para constar de dos habitaciones nada más.

Entonces vio la ventana. Se acercó a ella con grandes precauciones, apagó la linterna y procuró abrir las maderas, ya que era de tipo francés, no de guillotina. Cuando lo consiguió, echó una

mirada hacia fuera por entre medias de los «stores» levantados, y vio que no se había equivocado en sus apreciaciones. Aquella ventana daba a otro patinillo, de reducidas dimensiones y enfrente a dónde estaba él había otro pabellón de la casa, que se distinguía confusamente en la oscuridad. Se estaba preparando para abrir la ventana y salir al patíejo, cuando oyó el ruido de la puerta de entrada que se abría.

Sintió que, a pesar de su serenidad, el pulso se le aceleraba. Ser sorprendido en un país extranjero, allanando una casa particular, no es una cosa muy agradable. Pero ser agente del Gobierno de otra nación hace las cosas más complicadas.

No tenía tiempo que perder. Abrió la ventana lo más silenciosamente que pudo y saltó al patio, enlosado. Haciendo una brusca torsión dio media vuelta y cerró la ventana. Luego, recostado en la pared, con los ojos a la altura del borde del alféizar, oteó el cuarto.

Las maderas habían quedado una pulgada abiertas, lo bastante para permitirle observar a los cuatro hombres que penetraron en la habitación, uno detrás de otra. Tres de ellos vestían traje caqui del Ejército, con los emblemas de la Stern en las mangas, y el otro iba de paisano, y los ojos de Clayton se fijaron en él como ventosas, porque se trataba de Samuel T. Klirking, profesor de Sociología de la Universidad de Steel, Pennsylvania.

El que estaba a su lado era el mismo hombre que vieran Helen Temple y él con Klirking en Chipre: el hombre alto, de nariz levemente arqueada y de los anchos hombros. Un hombre que llamarla la atención en cualquier sitio. Los otros dos no se distinguirían en nada de los miles de oficiales judíos que combatían en toda Palestina, pero Clayton pudo ver los ojos de uno de ellos cuando el interesado miró distraídamente a la ventana, y se dijo que tenían la misma expresión, exactamente la misma, que los de Yvette Coléar: producían la misma impresión de peligro por el fanatismo que casi se palpaba en ellos.

Hablaba el hombre alto de Chipre. Una voz gravemente modulada, que parecía brotar al mismo tiempo de toda la habitación. Era la voz más extraordinaria que oyese jamás Clayton en su vida. Una voz difícilmente olvidable, aunque sólo se hubiese oído una vez.

—Usted, profesor —decía en aquel momento, mirando rectamente hacia Klirking—, viviendo, como vive, en los Estados Unidos, no logra comprender la importancia que tiene para nosotros, los sionistas, lo que las demás naciones opinen de nosotros.

—Tonterías —empezó a decir el profesor Klirking; pero el otro le interrumpió levantando una mano con ademán que no admitía réplica.

—No son tonterías —hablaba un inglés excelente, pero con un leve acento, que Clayton no pudo localizar—. Es la verdad, simple y desnuda. La muerte de Bernadotte a manos de dos fanáticos, que no obraban sino por su propia cuenta, ha hecho que el mundo nos mire con horror y con repugnancia. No era esto lo que queríamos los sionistas. Y ahora, usted, un ciudadano americano, hace un viaje de miles de millas para incitarnos a otro asesinato, que no conduciría a nada. A nada, sino a que los británicos pudieran decir: «Señores, ya lo advertimos. Los judíos son unos asesinos, en manos de los cuales hemos dejado Palestina». No, profesor. Es inútil.

El profesor Klirking se había dejado caer sobre una silla. Al oír las últimas palabras del judío hizo un movimiento nervioso con la mano.

—No me ha comprendido usted —dijo—. No quiero sino demostrar al resto de los países, pero sobre todo a los Estados Unidos, que ya no somos el pueblo que soporta injusticias arqueando la espalda.

—Eso está ya demostrado —respondió el otro—. Los árabes han sido batidos en todas partes y el país se repondrá muy pronto, y dentro de poco empezaremos a ser tenidos en cuenta como nación.

—¿Eres tú el que habla así? —preguntó, de pronto, uno de los oficiales, con una ligera nota de desprecio en la voz—. ¿Tú, Malinski?

Malinski se volvió hacia él sin perder la calma. Sus grandes ojos, ligerísimamente rasgados hacia las sienes, lo contemplaron fijamente.

—Sí, yo —admitió.

—Tú, que...

—¡Silencio! —tronó Malinski—. Todavía, y mientras no lleguen noticias de Jerusalén, yo soy el jefe de todos vosotros. Se

obedecerán mis órdenes y nadie se apartará un ápice de su significado. ¿Habéis comprendido?

Klirking se puso en pie.

—Escuche, Malinski, es perfectamente inútil que adopte usted esa postura. Las órdenes de Jerusalén vienen encerradas en este sobre —sacó un pliego doblado del bolsillo interior de la chaqueta y se lo tendió a Malinski.

Éste lo abrió y leyó su contenido rápidamente.

—Usted gana, profesor —admitió, y su voz parecía haber bajado de volumen—. Nunca creí que pudiera llegar este momento.

Klirking le puso una mano sobre el brazo.

—Esto no cambia nada, Malinski. Usted sigue siendo la cabeza directora en Tel-Aviv.

Esto sólo quiere decir...

—Esto quiere decir —le interrumpió nuevamente Malinski— que en Jerusalén deciden adoptar la actitud que más puede dañarnos a nosotros, los judíos. Que desean que nos sumerjamos de nuevo en una oleada de asesinatos, tan inútiles como perjudicales para nosotros mismos.

—Durante mucho tiempo hemos sido asesinados nosotros —dijo el mismo oficial que hablara antes, con una expresión cruel en la delgada cara—. Mi padre murió en Besarabia a manos de los rusos y mi abuelo en Anatolia, destrozado por los armenios. No tengo nada más que decir.

—Mi mujer cayó en manos de la Gestapo y fué «gaseada» —repitió el otro oficial, al que le temblaba un poco convulsivamente la mandíbula—. Pero no fué sola, sino con nuestro hijito, un niño de pocos meses.

Clayton comprendió todo el horror de aquellos hombres. Toda su vida vieron cómo a su alrededor caían muertos parientes y amigos. Hasta las razas más retrasadas y menos inteligentes se sienten superiores a los judíos. Armenios, kurdos, tártaros, todos ellos se unen cuando se trata de perseguir a alguno de esos miserables infelices que se arrastran de un lado para otro, de «ghetto» en «ghetto». Clayton había corrido mucho durante su vida, y no podía menos de acordarse que, en los países en que los judíos estaban bien tratados, los frutos eran magníficos. Sabía por

experiencia, que en su patria, en Inglaterra, Francia e Italia, un judío era completamente igual a cualquier otro ciudadano. Y no podía por menos de acordarse del Marruecos español, poblado de hebreos trabajadores e incansables como hormigas, protegidos por unas leyes que no admitían en absoluto el racismo. Allí había visto en cordial simbiosis a los sefarditas y a los «moros», administrando el mismo negocio.

Pero también sabía algo sobre los miserables «ghettos» rusos, rumanos, búlgaros y turcos, en los que, cada vez que un grupo de soldados se llenaba de alcohol, entraban a saco, matando, y violando. Algo de eso sabía, y por eso podía comprender un poco a los dos hombres que acababan de hablar. Sólo que, como ciudadano de una nación que no admite el asesinato bajo ningún pretexto, aquello le repugnaba.

Podía hacer una cosa, pero aquello entrañaba un grave riesgo. Riesgo de fracasar en su misión y riesgo personal, y muy grande, para él. Pero en el

F. B. I.,

enseñan a los agentes que el riesgo es algo que se puede evitar hasta cierto punto. Pasado ese punto, el agente debe actuar, aunque sepa que en ello le va la pelleja.

Hasta ahora había estado acucillado, y tenía que ponerse en pie. Los músculos de sus piernas, adiestrados por larga práctica, se distendieron, pero entonces la suerte le volvió la espalda. Un pequeño trozo de concreto de la pared se desprendió al roce con sus rodillas y resonó sordamente contra el suelo. En el intento de evitar ríe cayera, Clayton alargó las manos y éstas arañaron el muro. Instantáneamente, los de dentro entraron en acción.

El profesor Klirking parecía no haber oído nada pero los dos oficiales y Malinski se volvieron como cobras hacia la ventana y en la mano del judío ruso destelló una pistola.

Clayton estaba descubierto y lo sabía. Su única solución era huir. Es decir, la única solución lógica, porque no podría pelear contra tres hombres armados. Así, pues, dio media vuelta y se lanzó hacia el otro extremo del patinillo, corriendo cuánto podía.

La ventana se abrió y, como una flecha, Malinski saltó detrás de él. La pistola, en su mano, permanecía muda. Clayton llegó a la pared frontera, al lado de la ventana, y empujó ésta con todas sus

fuerzas. Con la muerte en el alma, desesperado, comprobó que era inútil, porque debía tener un cerrojo pasado. Se volvió y lo hizo justo a tiempo para hacer frente a Malinski.

Era evidente que ninguno de los judíos deseaba hacer ruido, ya que la Hagannah disponía de abundantes grupos de policías que patrullaban por las calles. Esto, únicamente, fué lo que salvó a Clayton de una muerte cierta.

El inspector del F. B. L recibió al ruso con un corto y duro «*swing*» de izquierda que alcanzó al hebreo en el pecho, haciéndole detener su carrera y abrir mucho los brazos. Con el espacio de tiempo de una fracción de segundo, Dan extendió su brazo derecho, como una ballesta, y haciéndolo chocar contra la mandíbula del otro. Escasamente dos segundos después, Malinski era proyectado hacia atrás, yendo a rebotar contra uno de los oficiales de la Stern, que ya llegaban como una jauría.

—¡Disparad! —ordenó el segundo, aquél cuya mujer muriera en Alemania, y levantó su pistola al mismo tiempo.

Clayton se agachó instintivamente, pasó por entre los extendidos brazos de Malinski y se precipitó sobre él.

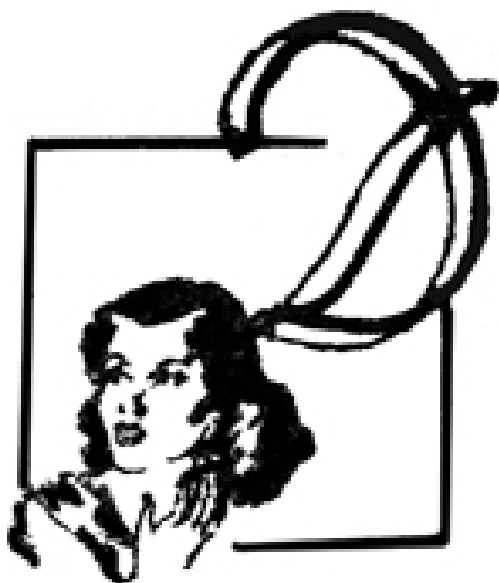
Pero el ruso y sus dos compañeros eran hombres muy duros. En una pelea a solas con cada uno quizá Clayton hubiese llevado la mejor parte, si se exceptúa a Malinski, pero con todos tenía la batalla perdida. La pierna extendida del judío rumano se interpuso en su camino y le obligó a dar un traspié. Instantáneamente, Malinski, repuesto de aquellos dos feroces golpes, dejó caer su mano derecha, de canto contra su nuca, y Clayton, despatarrado, en postura extraña, casi con la cabeza hundida en el pecho, rodó por el suelo.

El rumano y el alemán se inclinaron sobre él, examinándolo, y en la bien dibujada boca de Malinski se insinuó una sonrisa, mientras el profesor Klirking, cojeando porque se había herido en una rodilla al saltar por la ventana, se acercaba.

—No te molestes, Banato —dijo—. Ese golpe matado siempre al que lo ha recibido. El pobre está muerto.

—Te equivocas —respondió el judío rumano, ladeando la morena cabeza—. Este hombre vive. Tu famoso golpe falló esta vez.

## VII



ANIEL Clayton volvió en sí con la penosa sensación de que le habían arrancado la cabeza de cuajo, pero la atroz mordedura del dolor que le sobrevino casi al instante de recobrar el conocimiento, le avisó de que aún estaba vivo y conservaba en su sitio aquella parte de su anatomía. Abrió los ojos un poco, y los volvió a cerrar instantáneamente, deslumbrado por una violenta luz que caía directamente sobre ellos. Al mismo tiempo, a sus oídos llegó ruido de voces.

—Apaguen esa luz —dijo, con voz débil.

Una voz, que despertó en él recuerdos semi-borrados, se abrió paso basta sus tímpanos. Sí, eso era, la vez del judío ruso, de... Malinski, así le llamaron antes.

—La lámpara continuará encendida. Abra los ojos.

Clayton no obedeció, naturalmente, y entonces se sintió cogido por la nuca. Dos dedos, fuertes como tenazas, le apretaron detrás de

las orejas, y el dolor se le hizo tan insufrible, que no tuvo más remedio que abrir los ojos para hacer que cesara la feroz presión. Parpadeó violentamente, y al fin, con las pupilas contraídas, consiguió fijarse un poco en lo que le rodeaba.

A su lado estaba Malinski. Un poco más allá, Banato, el judío rumano, y detrás de la lámpara, casi invisible por el fuerte resplandor de ésta, el alemán, y alguien más, a quien no reconoció hasta que habló; se trataba del profesor Klirking.

—Mister Clayton —le preguntó: ¿quién es usted?

Dan Clayton estaba atado a la silla donde se sentaba, e hizo movimiento brusco para intentar desatarse, pero las ligaduras eran demasiado fuertes.

—Un periodista, ya lo sabe —gruñó, con el aire de una persona que ha sido ofendida gravemente cuando no quería hacer nada malo—. ¿Qué, le basta con eso?

—Un periodista muy curioso, ¿eh? —dijo, suavemente, el ruso—. Muchos periodistas curiosos sufren percances ahora, aquí, en Palestina. El otro día murió uno. Se encontró de pronto en una escaramuza entre los transjordanos y nosotros y... murió. Era un inglés.

—Déjeme a mí, Malinski —intervino rápidamente Klirking, con voz un tanto agitada—. Clayton, no sea loco. ¿Qué hacía usted, precisamente, en ese patio y a esta hora? Estaba usted espiando, ¿no es cierto?

—Estaba consiguiendo información para mi agencia —respondió Dan, con la misma voz ofendida—. Eso no es ningún delito, ¿verdad?

—El periodista curioso que murió el otro día, el inglés, quizá no fuese periodista en realidad —dijo nuevamente el ruso—. Quizá fuese un... agente del Gobierno de Su Majestad. Quizá.

Clayton sintió un estremecimiento. Aun cuando el  
F. B. I.

y el Servicio de Inteligencia británico no suelen trabajar unidos más que cuando se trata de coger a vulgares delincuentes, y jamás en las cuestiones de política, en Washington se le había dicho que el corresponsal de cierto periódico americano, había recibido orden de no publicar, por razones de Estado, una noticia que afectaba a la muerte de un hombrecillo patizambo y bizco, periodista inglés.

Aquel hombrecillo insignificante era un avisado agente de la Inteligencia inglesa.

—No sé nada de eso —gruñó—. Yo sólo soy un periodista y lo demás me importa un rábano. Déjenme en paz o tendrán jaleos con mi Gobierno. ¿Se han creído que el mundo es suyo?

De pronto se dio cuenta de su error. En el barco, el profesor Klirking lo había conocido como un hombre culto y educado, y ahora, delante de ese mismo profesor, se estaba conduciendo como un reportero desvergonzado. Se mordió los labios, pero su gesto no pasó inadvertido para el profesor de Sociología. Éste dio la vuelta a la mesa y se enfrentó con el Inspector del

F. B. I.

—Está usted mintiendo, Clayton —le dijo, duramente—. ¿Quién es usted, en realidad?

Antes de que Clayton tuviera tiempo de contestar intervino Banato, el judío romano:

—Si me lo dejáis nada más que media hora sabréis todo lo que nos interesa. ¿Puedo hacerlo, Malinski?

—Yo mismo me encargaré de él —aseguró el ruso.

Samuel T. Klirking se irguió en toda su estatura.

—No tocaréis a ese hombre ni un pelo de la ropa —dijo, con dureza—. Si hay que eliminar enemigos de nuestro camino, yo sería el primero en ofrecermelo, incluso para actuar de verdugo; pero torturas, jamás. Si este hombre no habla será eliminado, pero nada de salvajadas con él. Hable, Clayton.

Dos golpes rápidos sonaron en la puerta, seguidos, al cabo de una pausa, por otros tres un poco más espaciados.

—Abre, Weill —ordenó Malinski, dirigiéndose al alemán.

Éste sacó la pistola de la funda y se dirigió hacia la otra habitación. Un momento después se oía el leve chirrido de la puerta y una vez femenina. Clayton sintió una dolorosa punzada en el pecho al escucharla. Aquella voz... La llevaba clavada hasta lo más hondo de su ser, y sabía que no podría olvidarla en muchos años, aun cuando lo intentase con todas sus fuerzas. Era una voz grave, cálidamente timbrada, llena, una voz...

Yvette Coléar entró en la habitación, seguida de Weill y de otro oficial judío, un individuo de pequeña estatura, muy moreno y de estrechos hombros. La muchacha dirigió la vista hacia el prisionero

y frunció levemente las cejas.

—¿Qué ha hecho ése? —preguntó, despacio.

—Estaba espiándonos por la ventana —respondió Malinski aproximándose a ella y pasándole un brazo por el tallo—. Dice que es periodista, pero estamos seguros de que no es así.

La joven se apoyó en el brazo del hombre, y Clayton sintió cómo una punzada de celos le atravesaba de parte a parte. Las sienes le batían furiosamente, y, algo que no le había ocurrido en su vida: sintió deseos de matar a una mujer. El ver aquel cuerpo adorable pegado al del ruso le producía el mismo efecto que un mazazo en la cabeza, y hacía que la sangre circulase con una fuerza extraña por las venas.

—Sea lo que sea, el caso es que se portó bastante bien conmigo —dijo, con cierta indiferencia—. Me sacó de Fallujah cuando quedé allí prisionera.

—¿De veras? —preguntó Malinski, con una sonrisa de ironía—. T ¿qué más?...

—Intentó besarme después —aseguró ella— lanzando una nueva mirada a Clayton. —Tuve que abofetearlo.

—¡Váyase al diablo, bruja! —estalló Dan de pronto, no pudiendo resistir más aquella tortura. ¡No es usted una mujer, sino un verdadero demonio!

La joven soltó una áspera carcajada, coreada por el ruso. Éste se inclinó sobre ella y la besó en los labios ligeramente.

—El hecho de que se haya portado bien contigo, Galubchka, no quita para que estuviera espiándonos antes. Me parece que me imagino quién es o al menos, a quién sirve.

El judío rumano dijo rápidamente algo en «yiddish» y el alemán movió la cabeza afirmativamente. Malinski y Klirking se miraron durante un momento.

—No puede ser —dijo el ruso fijando sus ojos oscuros en el prisionero—. No tendría nada que hacer aquí.

—Aguardad —la voz de Klirking se elevó agudamente, dominando las de los demás. El profesor se volvió al oficial que había entrado con Yvette Coléar.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Pudiera ser —asintió el otro. Se dirigió hacia donde estaba Clayton y se inclinó sobre él.

—¿Pertenece usted al Gobierno americano? —preguntó—. Más vale que diga la verdad, porque entonces no le ocurrirá nada. Únicamente que procuraremos hacerle salir de Palestina lo antes posible para que no siga investigando en nuestras cosas. ¿Quiere hablar?

Clayton apretó la boca. Comprendía perfectamente la jugada. Una vez se supiera que era agente del Gobierno americano, sería suprimido. Representaba un peligro para los de la Stern, y éstos no perdonan jamás. Por lo tanto decidió callar.

—¿No quiere hablar? —siguió interrogando el otro.

Silencio. Seis pares de ojos estaban fijos en el prisionero, pero éste no veía más que dos, aquellas inmensas pupilas oscuras sombreadas por unas pestañas larguísimas y arqueadas. Aquello era lo único que existía para él. Aquello. La atroz sensación de celos que sentía cuando veía el esbelto y adorable cuerpo recostado indolentemente contra el del ruso. Los mayores tormentos que pudiera imaginar una mente oriental, no serían tan intensos como los que sentía entonces. Su boca continuó cerrada.

—Bien —dijo el otro—. Yo averiguaré algo en el servicio de Información de la Hagannah. Quizá allí sepan algo.

—Lo dudo —respondió Klirking—. Seguramente, si es cierto lo que dice Banato, este hombre ha venido aquí porque sabían algo del golpe contra el mediador.

Un grito de aviso de Malinski le interrumpió. El profesor Klirking palideció un poco, pero se rehízo en seguida.

—No saldrá de aquí —dijo—. Eso no tiene importancia.

—La tiene —cortó secamente Malinski—. Banato, Weill, ocupaos de él. Ya sabéis.

Los dos oficiales cogieron en brazos a Clayton, que acababa de comprender exactamente cuál era la misión de Klirking en Palestina. Un hombre, un norteamericano de raza negra, había sido el ayudante de Bernadotte hasta que éste fué asesinado, y aquel mismo americano era ahora el jefe de la Comisión de conciliación de las Naciones Unidas en Palestina. A este hombre, Ralph Bunche, era al que se proponían asesinar ahora los de la Stern, y la única voz que se había alzado en su defensa era la de un ruso, no porque odiara el asesinato, sino porque aquello podría servir para que los Estados Unidos se les echasen encima.

Y ahora, él, por haber averiguado aquello, iba a morir. Iba a morir sin haber podido cumplir su misión. Bunche sería asesinado y la ola de crímenes terroristas continuaría. Engarfió las manos en las cuerdas que sujetaban sus muñecas, pero sólo logró hacer penetrar cruelmente el cáñamo en la carne. Yvette Coléar se inclinó sobre él cuando lo sacaban.

—Pobre muchacho —dijo con voz sin inflexiones—. Que Dios se apiade de su alma.

Helen Temple tiró la revista, un Vogue atrasado dos fechas, contra la mesita de lectura y lanzó una imprecación en voz alta. Su doncella de color, Cleopatra, asomó la oscura cara por la otra puerta.

—¿Quiere algo, señorita? —preguntó.

—Nada. Puedes salir a pasear por ahí. A lo mejor, algún soldado se enamora de ti.

—Sí, señorita.

Helen estaba de muy mal humor. Eran ya las diez de la mañana y aún no había vuelto aquel individuo. Ella no era ninguna tonta y se había imaginado ya que la curiosidad de Clayton por saber dónde estaba el profesor Klirking era demasiado grande para ser una cosa normal.

«¿Habrá idiota...?» —se dijo a sí misma en voz alta—. Ése..., espantapájaros, siempre corriendo de un lado a otro y marchándose con la primera judía que encuentra. Yo le enseñaré.

Y en el mismo instante, decidió llegar hasta la casa donde viera entrar a Klirking e investigar un poco por allí. Aun cuando hubiera sido lo último que se confesara a sí misma, lo cierto es que la apuesta figura de Clayton estaba haciendo que pensara en él más de lo conveniente. Además, era el único hombre que se había atrevido a dejarla plantada así, de cualquier manera, en una calle. Ello lo hacía desear ver a Clayton para chillarle a gusto.

Se puso un sombrero y bajó las escaleras del hotel de dos en dos. Lo mismo el empleado del «comptoir», que un par de «botones» que haraganeaban por allí, le hicieron una marcada reverencia. La hija de míster Temple era «alguien» en

Tel-Aviv

y en toda Palestina.

No le costó mucho alcanzar la calle que buscaba. Una vez allí se paró en la acera, mirando a su alrededor. Grupos de judíos vestidos de uniforme iban de un lado para otro, a pie y en automóviles, cantando y agitando banderitas. Las noticias que se estaban recibiendo desde todos los puntos eran buenas para las armas israelitas. Se había batido a los egipcios, a los sirios y a los libaneses y las gestiones de Bunche eran bastante prometedoras. Solamente los de la Stern y los del Irgun se mostraban taciturnos y callados, y no se desprendían de sus armas automáticas ni para dormir.

Helen Temple se decidió por fin. Cruzó la calle, se aproximó a la cancela de hierro e hizo sonar el timbre.

Silencio. Helen, impaciente, volvió a llamar, sin recibir contestación. Un policía militar israelita se aproximaba por el otro lado de la calle, balanceando una porra de goma. Miró por un momento a muchacha apreciativamente y siguió su camino hasta llegar a la esquina. Allí se volvió de nuevo y se quedó parado.

Helen Temple se colgó materialmente al timbre, haciéndolo sonar con insistencia. En aquel momento, la puerta de la casa se abrió y vio atravesar el patinillo a una figura, una figura femenina, embutida en una camisa caqui y unos pantalones del mismo color. Un pañuelo le colgaba de los hombros. Helen no necesitó mirarla más que una sola vez para reconocerla y se dio cuenta de que también ella había sido reconocida. Se trataba de la amazona aquella de hacía dos días.

Helen no sabía fingir. En el colegio se decía de ella que era la única persona que había pasado por las aulas que hubiese dicho siempre la verdad. Hija mimada de un multimillonario que jamás le negó nada, nunca había sentido deseos de ocultar lo que pensaba ni lo que sentía. Por tanto, ahora, fué derecha al bulto. Clayton le gustaba y había decidido encontrarlo a toda costa.

—Buenos días —dijo cortésmente—. Quisiera saber si alguien en esta casa conoce el paradero de míster Clayton, Daniel Clayton.

La israelita le echó una mirada calculadora por entre sus espléndidas pestañas.

—Ignoro de quién me habla, «señorita» —dijo, con acento levemente ofensivo, que hizo apretarse las mandíbulas de la norteamericana—. Lamento no poder dedicarle más tiempo a usted.

E hizo ademán de cerrar la puerta, Helen, resueltamente, metió

el pie en la rendija, impidiéndolo.

—No sea grosera —le advirtió—. Usted sabe muy bien a quién me refiero. Es el periodista americano que hace dos días se fué con usted y un grupo de soldados judíos. Estoy segura de que anoche vino aquí él.

La mirada de Yvette Coléar no fué precisamente calculadora ahora, sino terriblemente fría.

—¿De veras? —preguntó.

—Sí —afirmó la jovencita, muy decidida—. Y no veo ningún motivo para darme con la puerta en las narices. Sólo quería preguntar si ha estado míster Clayton aquí, porque he de decirle algo.

El policía semita que antes pasara por delante de la puerta, se acercó ahora otra vez, distraídamente, siempre moviendo su porra de goma. Yvette pareció tomar una rápida resolución.

—Pase —dijo, haciéndose a un lado.

Helen entró, y juntas atravesaron el patinillo, bajo la mirada aprobadora del policía. Yvette abrió la puerta de la casa e hizo una seña a la joven para que entrase. La norteamericana, confiada hasta más no poder, obedeció. Apenas había llegado al centro de la primera habitación, oyó el chasquido de la muerta al cerrarse y se volvió con rapidez. Una pistola, sostenida por la firme mano de Yvette Coléar, le apuntaba directamente al pecho.

—Oiga —empezó a decir la asombrada jovencita, sintiendo que se le aceleraba el pulso.

—Mejor será que me explique qué es lo que mistar Clayton andaba buscando por aquí —ordenó Yvette fríamente, sin sonreír.

Sus maravillosos ojos tenían un brillo extraño.

Helen había logrado recobrase un tanto. Después de todo, todas aquellas cosas de armas y guerras habían pasado siempre por encima de ella. Una vez, durante la guerra, en la escuela les habían dado unas lecciones acerca de las armas de fuego; pero, en realidad, ella no había relacionado nunca la muerte con aquellas cosas, y mucho menos lo había relacionado consigo misma.

—No haga tonterías. No veo ningún motivo para que me amenace con esa pistola nada más que porque pregunto por un compatriota mío a quien usted tiene que conocer. Voy creyendo que no es usted nada razonable.

—Deje ya de decir tonterías, estúpida —le ordenó la francesa, abriendo mucho los ojos—. Dígame en seguida qué es lo que trajo a Clayton aquí, a Palestina. De lo contrario, la mataré.

Helen se estremeció levemente ante el brillo cruel de aquellas pupilas de tinta y empezó a sentir miedo. Pero un miedo un poco impersonal, como el que se siente cuando siempre se ha estado seguro y por primera vez se enfrenta uno con el peligro. Le parece que aquello no va con uno.

—Pero, oiga...

—¡Cállese y conteste a lo que la he preguntado! ¿Contesta?

Y levantó una pulgada más su pistola. Helen retrocedió un paso, casi convencida de que se las tenía que ver con una loca y, un poco temblorosa, miró el arma que sostenía la firme mano de la israelita. En aquel momento, la puerta se abrió y Malinski, el judío ruso, entró rápidamente. Al ver la escena quedó parado un momento, pero al siguiente ya estaba actuando.

—¡Hemos de marcharnos, Yvette! —dijo con aquella voz suya de timbre tan especial—. ¿Quién es ésta? —preguntó.

—Venía buscando a Clayton —le respondió Yvette, guardando la pistola—. Quizá sea algún cómplice suyo.

Malinski se volvió hacia Helen y clavó en ella sus oscuros ojos.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Helen Temple, a despecho de su miedo, y a despecho de que la poderosa personalidad de Igor Malinski la cohibía, sintió sublevarse dentro de ella todo su sentido de lo que debe ser libertad y derecho.

—¡Le importa un rábano! —gritó casi, poniéndose muy encarnada—. ¡Vengo aquí a buscar a un amigo para decirle algo y se me recibe con una pistola, se me insulta y se me amenaza! Y, por último, se me acusa de ser cómplice de no sé quién ni de no sé qué. ¡Pueden irse al...!

No pudo terminar. Resonaron grandes golpes en la puerta de la casa, no de la del patio, como si alguien estuviese golpeando con un madero o algo así, y Malinski echó mano a su costado, sacando urna pistola. Yvette le imitó y Helen se pegó a la pared, toda temblorosa, sin saber qué iba a ocurrir ahora, y sintiéndose desfallecer.

Pero ni el ruso ni la francesa parecían tener ganas de resistir dentro de aquella habitación. Se dirigieron rápidamente a la posterior, y Helen, inclinándose un poco, pudo ver cómo

desaparecían por una ventana situada al fondo del segundo cuarto. En aquel momento, la puerta, empujada por varios robustos hombros, se vino abajo con estrépito y cinco o seis hombres, vestidos de uniforme y con los brazaletes de la Policía militar israelita, entraron dando traspiés por su mismo impulso. Uno de ellos saltó hacia la joven, amenazándola con una pistola, pero los otros cuatro se precipitaban ya hacia la habitación posterior.

El que se quedara con Helen Temple cogió a ésta del brazo de una manera algo ruda.

—¿Quién diablos es usted? —le preguntó en francés, acercando mucho su cara a la de ella—. Conteste, porque va a ir a la Jefatura.

Helen, con mucha dignidad, se sacudió el brazo de aquel individuo.

—Suélteme —le dijo—. ¿Sabe quién soy? *Miss Helen Temple*, de Nueva York. Sabe dónde está eso, ¿verdad?

Dos de los cuatro que alcanzaron la habitación posterior volvían ahora.

—Sé han escapado —dijo uno de ellos—. ¡Malditos! Juro que como pesque a ese Malinski del diablo lo voy a matar con mis propias manos. Es más peligroso que una serpiente cascabel.

—Yo vine aquí para saber qué había sido de un periodista americano que vino conmigo en el viaje —dijo Helen, impensadamente—. Y esa mujer que acaba de escaparse me amenazó con una pistola y me dijo que me iba a matar. Yo creo que están locos todos en esta tierra.

—Su documentación —pidió el policía que llegara de atrás.

Helen la sacó de su bolso y se la entregó. El agente semita confrontó, y luego, devolviéndosela:

—Lamento que haya ocurrido esto, *miss Temple*. Espero que comprenda que las circunstancias son muy especiales. Esos dos que acaban de escapar de esta casa son dos terroristas.

—Pues a ella la he visto yo con un fusil, por la calle, y nadie le decía nada.

Los grandes ojos, ligeramente rasgados, del israelita la miraron con atención.

—Es posible; pero no sabíamos entonces lo que sabemos ahora.

—Bueno —afirmó ella, resueltamente—; es igual todo eso. Yo lo que quiero es saber qué ha sido de mi compañero. Estoy

completamente segura de que vino aquí anoche. Y no ha vuelto.

—¿Dice usted que era un periodista americano? —preguntó el policía.

—Sí, claro, de la agencia... «Velo» o algo así, me parece.

Los dos judíos se miraron.

—¿Tendría usted inconveniente en venir ion nosotros hasta la Jefatura y presentar allí una denuncia en regla? Quiero que sepa que, si no lo desea, es usted muy libre de negarse.

—Pero, hombre —gritó ella, perdida ya la paciencia—. ¿No le he dicho que lo que quiero es encontrarlo?

El otro sonrió.

—Así estoy seguro de que no lo logrará. Vamos, señorita. Tú, Blum, quédate aquí hasta que vuelvan Bohr y Salzmann.

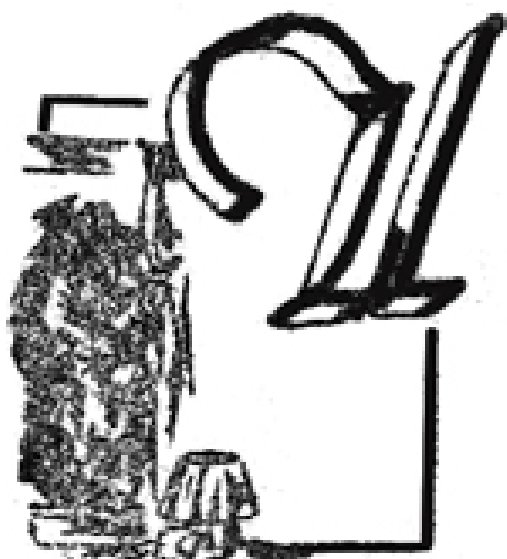
Y ambos salieron a la soleada calle.



---

LEER UNA BUENA NOVELA ES  
EXPANSIONAR EL ESPIRITU  
Y ENRIQUECER LA CULTURA

## VIII



Un hombre de alta estatura, en las charreteras de cuya camisa se veía un clavo de mayor, fué el que atendió a la joven, después de oír el informe de su subordinado. Sus maneras indicaban el gran respeto y consideración que la hija de míster Temple, de la Temple Co., le inspiraba.

—Es algo muy lamentable, señorita —le dijo, con marcado acento eslavo—. Pero estamos casi seguros de que, si su amigo, el periodista, entró en esa casa debió caer en las manos de los terroristas. En cuyo caso... —hizo una pausa y se tocó los dedos de las dos manos, uniendo éstos por las puntas—, en cuyo caso ignoramos dónde pueda encontrarse. ¿Está usted segura de que no habrá ido a alguna parte, en persecución de algún reportaje o noticia?

Helen movió la linda cabecita.

—Pues como saberlo seguro, lo que se dice completamente seguro, no, pero estoy convencida de que es como yo digo.

—Bien —el mayor se puso en pie— haremos todo lo que esté en nuestra mano, señorita. Puede confiar en nosotros. Vuelva a su hotel, y si necesita alguna cosa, ya sabe que todos estamos a su disposición. Cualquier cosa.

Helen salió de la Jefatura de Policía y echó a andar por la avenida de Weizmann. Tel-Aviv está construido según un sistema radial, cuyo eje es la plaza de Zina, en cuyo centro verdeen los jardincillos. Allí se detuvo ella un momento, viendo las evoluciones de un par de aparatos de caza judíos, que unas veces se alejaban hasta perderse de vista y otras se acercaban para ronronear por encima de la ciudad.

La joven estaba pensando en Clayton, sin poder sacárselo de la imaginación. Veía sus anchos hombros y su risa contagiosa, además de su eterna alegría, y se le hacía insoportable la idea de no volver a verlo más. Un poco rabiosa consigo misma por haber dejado llegar las cosas a aquel extremo, golpeó con su bolso el tronco de un arbolillo.

«Bueno, bueno —se dijo—; maldita sea si no me he “colado” por ese periodista. No creí yo que pudiera ocurrirme esto». Lo de Bill no había pasado de ser un juego de críos. Esto no, esto era algo mucho más profundo. Por un instante aquilató la posibilidad de que mister Temple pudiera oponerse a una unión de su única hija con un periodista, pero luego sonrió.

«Estoy construyendo el tejado antes que los muros. Lo primero sería necesario saber si ese bruto gusta de mí o no. ¡Cualquiera sabe!».

En aquel momento oyó ruido de sirenas y vio aparecer, por la avenida de las Tribus, un cortejo que le llamó la atención instantáneamente. Llegaban primero cinco o seis motocicletas, con sus conductores vestidos de azul, con un uniforme muy parecido al americano. Luego, un coche cargado de paisanos, y, por último, rodeado de otras cuatro «motos», un coche descubierto, en el que iban dos hombres. Uno de ellos era un tipo pequeño, sin nada en él que llamara la atención, pero no así el que iba a su lado. Durante un momento, los ojos de Helen se clavaron en él. Vieron una cara de café con leche, aunque no demasiado oscura; unos grandes ojos y una nariz recta, que descendía sobre la boca ligeramente protuberante. El pelo, negro y corto, se rizaba en la parte superior

de la cabeza.

«Anda —pensó la joven—. Ése es Bunche».

Ella había conocido una vez a Bunche, en Nueva York. Su padre se lo había presentado en una fiesta y ella sintió, en el mismo instante de estrechar aquella mano de rosada palma, que el hombre que tenía delante no era un hombre cualquiera. Ahora, al reconocerlo, inconscientemente, alzó la mano y el negro se dio cuenta de su gesto, volviéndose a mirarla atentamente. Casi al instante dijo unas palabras, y el automóvil se detuvo.

Un poco asombrada de sí misma, la joven cruzó la calzada y se aproximó al cortejo. Dos de los hombres vestidos de azul la miraron sospechosamente. El asesinato del conde Bernadotte estaba aún demasiado reciente para que se fiaran de nadie, pero el mediador extendió la mano sonriendo, mientras se ponía ligeramente en pie, imitado por su compañero.

—Suba —dijo Bunche, haciéndose a un lado—. Suba, si es que va a alguna parte. No tengo apenas tiempo que perder.

El cortejo se puso en marcha de nuevo. El negro dio una orden y luego se volvió a la joven.

—¿Qué hace usted en

Tel-Aviv?

—preguntó—. No creo que sea el sitio más apropiado para una muchacha «ahora».

Súbitamente, Helen decidió contarle todo lo que ocurría. Ignoraba por qué, pero algo le decía que podría confiar en aquel hombre.

Bunche la escuchó, mientras la caravana salía de la ciudad, sin que ninguno de ellos se diera cuenta. Pararon ante una gran casa de campo, a cuya puerta había más hombres uniformados de azul. Eran la guardia que las Naciones Unidas pusieron para defender al mediador y para que efectuaran algunos servicios de Felicia.

—Yo me tengo que marchar a Jerusalén inmediatamente —dijo el negro—, pero no pienso abandonar su asunto. Parece usted muy segura de que su joven compañero no está cumpliendo alguna de sus tareas periodísticas.

—Pues ahí está lo peor —asintió ella desamparadamente—. Que no lo sé. Pero tengo la corazonada de que no es así. Me bastaba ver a aquella mujer y a aquel hombre, a quienes perseguía la Policía

Judía, para saberlo. Quizá lo hayan asesinado —añadió, muy compungida.

Bunche se echó a reír con todas sus ganas.

—No se preocupe, chiquilla. Escuche, estese quietecita aquí, en el hotel, y no se ponga a callejear sin objeto. Lo mejor sería que se marchase de Palestina, pero supongo que no querrá.

—No —afirmó ella, muy decidida.

—Pues entonces hágame caso. Y yo me ocuparé de saber qué ha sido de...

—Clayton, Daniel Clayton.

El hombre que iba al lado de Bunche no hizo ningún movimiento, pero sus ojos no perdían de vista a la joven. Se inclinó y le dijo unas palabras en voz muy baja a Bunche. Éste lo miró son sorpresa y el otro inclinó la cabeza sonriendo. El negro silbó muy bajito, para sí.

—Bueno, hija; no debe perder la esperanza —dijo, volviéndose a la joven—. Ya le he dicho lo que tiene que hacer y...

Helen había visto la maniobra del otro y ella no era ninguna tonta. Se les quedó mirando, un poco ceñuda.

—Tengo derecho a saber lo que pasa —dijo—. Tengo todo el derecho. ¿Qué es?

Bunche le puso una mano en el brazo.

—Nada, muchacha. Mire, creo que es usted una buena chica y que comprenderá algo que voy a decirle. Clayton... —vaciló un momento, pero entonces, el hombre pequeñín acudió en su ayuda.

—Clayton está cumpliendo aquí una misión que le ha encomendado el Tío Sam —dijo, con voz grave—. Puede usted comprender, *miss* Temple, que cualquier indiscreción suya podría acarreamos disgustos a todos.

Helen se quedó con la boca abierta, en un gesto tan infantil de asombro, que los dos hombres se echaron a reír.

—¿Quiere usted decir que Dan... es...?

—No profundicemos, *miss* Temple. Pero es algo de lo que usted se figura.

Ella cerró la boca.

—¡Santo Dios! —dijo.

Y había tal tristeza en sus ojos, que el mediador le pasó una mano por encima de los hombros.

—Espere un momento.

Entraron en la casa, mientras la guardia saludaba al jefe de la Comisión de Conciliación. Allí, en una habitación fresca, en la que había una mesa y unas cuantas sillas, Bunche se dirigió al teléfono. Un momento después pedía comunicación con la Jefatura de Policía de

Tel-Aviv.

—¡Hola, mayor Samuels! Tengo un pequeño asunto para usted, pero quisiera que me lo resolviese cuanto antes —le explicó la cosa en pocas palabras y luego guardó silencio, asintiendo con la cabeza, mientras el otro hablaba. Luego, de pronto, se echó a reír—: ¡Hombre, no! —dijo, muy satisfecho—. Tengo aquí unos muchachos que no dejarán acercarse a los de la Stern ni a dos kilómetros. Todos ellos son veteranos de la guerra. Además, cuento también con la Policía judía —hubo un nuevo silencio. Luego frunció el entrecejo—. Ya le dije que no, Samuels, y es inútil que insista.

Colgó y se volvió a la joven. Las blancas córneas de sus ojos parecían dos faros.

—Samuels tiene miedo a los de la Stern —dijo—. Según parece, se han propuesto darme un susto. No les debe gustar demasiado la idea de llegar a hacer un arreglo con los árabes; pero malditos sean si no lo consigo. No estoy dispuesto a que fracasen las gestiones por culpa de esos fanáticos. *Miss Temple* —añadió, volviéndose a la joven—, porque la creo a usted una muchacha sensata, le diré que su amigo ha debido..., digamos tener que seguir a la fuerza a unos cuantos terroristas. Los medios de que se hayan valido para conseguirlo son los que desconocemos.

Helen quedó pensativa un momento.

—¿Usted va a Jerusalén? —preguntó.

—Sí.

—Pues yo también.

Bunche la miró seriamente.

—¿Cómo sabe que quizá pudiera encontrarlo en Jerusalén? —preguntó—. Nada se ha dicho sobre eso.

—Me limité a utilizar la cabeza. Usted va a Jerusalén, lo quieren matar; a Clayton lo raptan unos terroristas... ¿Qué?

—Le advierto, *miss Temple*, que si se mete en líos o nos pone a nosotros en un brete, la haremos pasaportar para Norteamérica en

el primer barco —dijo el hombre pequeño.

—Bueno; ya me las arreglaré para no hacer tonterías —respondió ella ligeramente.

Tendió la mano al mediador y éste se la estrechó con calor.

—Es usted una yanqui típica —le dijo—. Cuando sabe lo que quiere va a buscarlo, aunque sea en los mismos cuernos del toro. Le deseo suerte, señorita, y sepa que Clayton no estará tan abandonado como puede parecer. El Tío Sam tiene los brazos muy largos.

Cuando la joven salló de la habitación, Bunche se volvió hacia el hombrecillo.

—Bueno, Nat, ¿qué va a hacer usted?

—Encontrar a Clayton —fué la respuesta—. Encontrarlo, porque él debe saber algunas cosas interesantes. No tengo ganas de que me lo maten a usted como un pavo en Navidad.

—Pues muévase. El muchacho puede estar a estas horas...

—¿Muerto? Ya lo sé. Usted no se preocupe y siga tratando de poner de acuerdo a todos éstos.

De

Tel-Aviv

a Jerusalén hay unos sesenta kilómetros por carretera. A las diez de la noche, Helen Temple, a la que había llevado todo aquel tiempo el conseguir el visado de las autoridades ludías, distinguía a lo lejos las luces superpuestas, como en terraza, de la Ciudad Santa. Todo el viejo reducto amurallado de ésta, con la mezquita de Ornar y los barrios cristiano, armenio y musulmán, estaban en poder de la Legión Transjordana de Glubb Pachá. Los judíos se habían hecho fuertes en los barrios nuevos y desde allí mantenían frecuentes combates cuerpo a cuerpo con los soldados de Abdullah. No obstante, ahora había una pequeña tregua, impuesta por las Naciones Unidas.

Después de la destrucción del Hotel Rey David, el Allemby era uno de los mejores hoteles de la parte judía de la población. Allá fué Helen, seguida de Cleopatra. Los judíos, a ser posible, no impedían a nadie el acceso a Jerusalén, siempre, que no hubiese combate en aquel momento. Tenían una táctica. Si alguien era tan loco como para ponerse en medio de la pelea que sostenían contra los árabes, allá él. Debería cuidar su pelleja, o se la encontraría

agujereada, ametrallada, desgarrada, abrasada o de cualquier otra forma perfectamente al alcance de los medios de que ambos disponían.

El Allembly estaba ocupado casi por completo por altos oficiales del Ejército judío, que pululaban por todas partes, con sus gorras de plato o sus boinas azules a la inglesa. Helen Temple se abrió paso entre ellos y de pronto divisó a una persona que le era conocida. Se trataba del cónsul, encargado de Negocios americano en Tel-Aviv.

El hombre también la reconoció. Era un judío de mediana estatura, pero un americano ciento por ciento.

—Buenas noches, *miss* Temple —la saludó—. Permítame decirle que está usted más loca que una jaula de monos. ¿Por qué no se quedó en

Tel-Aviv,

o por qué no se marcha de una vez de esta tierra de dementes?

—Es que quiero hacer periodismo —respondió ella con gesto cansado—. Procúreme una habitación, ¿quiere, míster Jadahson?

—Si puedo, que no lo creo. Mire, lo que va a hacer es venir a casa de mi hermano, que es el cónsul aquí, en Jerusalén. Él puede pasar de una zona a otra, porque tiene salvoconducto para ello. En su casa hay sitio de sobra, porque no tiene chicos. No crea que haría esto por cualquiera, pero su padre me recomendó a usted especialmente.

Apenas diez minutos después, estaban ante la casa del cónsul americano en Jerusalén. Se encontraba el Consulado en la parte nueva de la ciudad, allí donde los «chalets» y las amplias calles han ido sustituyendo a las casas de sucia piedra y a las arcadas sombrías de los barrios antiguos.

El hermano de míster Jadahson y su esposa recibieron muy bien a Helen, y la vivaracha mujercita dispuso en seguida una habitación. Eran acaudalados comerciantes, que gozaban de gran simpatía entre sus correligionarios y aun entre los mismos árabes de Jerusalén, de manera que nadie había pensado en discutir el nombramiento de él como cónsul.

A la mañana siguiente, la joven se levantó, desayunó en compañía de sus huéspedes y luego, acompañada por Jadahson, salió a la calle en el coche de éste. La ciudad nueva presentaba un

aspecto bastante caótico, pero se adivinaba una mano organizadora en medio de aquel lío. Como en todas las ciudades judías, casi no se veían más que uniformes, gorras, boinas y cascos, junto con las gorrillas de visera de las auxiliares de las fuerzas. Helen vio pasar a un grupo de prisioneros sirios, con caras estólicas bajo los turbantes de uniforme y los trajes en bastante mal estado.

Eran beduinos del desierto, reclutados de prisa y corriendo entre las tribus del interior de Siria, drusos y demás, y casi no sabían siquiera por qué combatían. Pero eran guerreros de nacimiento y lo mismo les daba combatir contra los «meharitas» o la Legión Extranjera francesa que contra los judíos. No obstante, el superior armamento hebreo había hecho recular a aquellos selváticos individuos.

Según se iban acercando al reducto amurallado iban viendo aumentar progresivamente el número de tropas. Por fin llegaron a un sitio en que una patrulla los detuvo.

—Más allá de aquí no se puede pasar, señores —dijo el oficial que la mandaba—. Vuelvan ustedes.

—Si yo supiera qué diablos es lo que usted quiere *miss* Temple —dijo Jadahson—, procuraría utilizar los conocimientos míos y los de mi hermano para complacerla.

—Lo siento, míster Jadahson; pero no se lo puedo decir.

En aquel momento sonó un mortero en alguna parte del reducto amurallado. De una manera instantánea, las ametralladoras y los «5,5» israelitas respondieron a la agresión. El oficial de la patrulla empujó a Jadahson y a la joven.

—Váyanse de prisa —ordenó—. Dentro de un poco, esto parecerá un avispero.

En realidad, no era más que una de tantas tonterías que cometen los soldados cuando llevan demasiado tiempo de escuchas. Se habían puesto nerviosos y se liaban a tiros allí mismo. A los pocos momentos, el silbido de las «motos» les avisó que las fuerzas de la Policía de las Naciones Unidas se aproximaban allí a toda velocidad, como había hecho últimamente cada vez que los judíos o árabes rompían la tregua.

Y fué entonces, únicamente entonces, cuando llegaban las «motos» y los «autos» internacionales, cuando Helen vio un par de anchos hombros que se perdían entre la multitud de soldados

dedicados a diferentes faenas. No podía olvidar aquellos hombros anchos, ligeramente inclinados hacia delante, y la cabeza, de pelo oscuro, cortado muy corto sobre la nuca. Aquella manera de andar...

Tuvo que taparse la boca para no lanzar, un grito. Aquél era el hombre que viese en Chipre acompañado del profesor Klirking. Aquél era el hombre que entró en la casa de Tel-Aviv

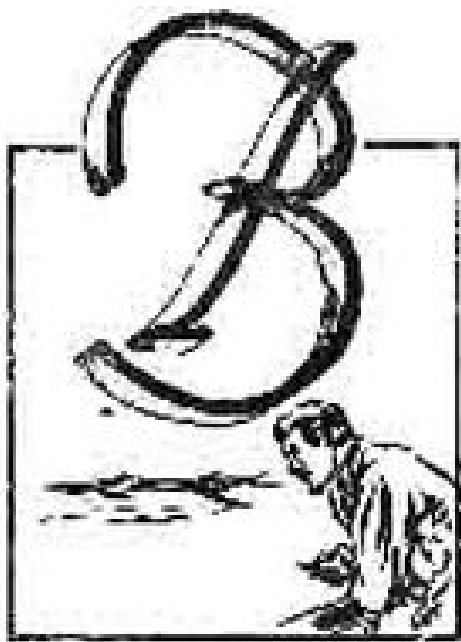
cuando la francesa le apuntaba con una pistola. Era, en fin el hombre al que la Policía militar judía buscaba.

La idea de denunciarlo a cualquiera de los numérese oficiales judíos que pululaban por allí, no le pasó más que por un momento por la imaginación. Quizá los policías le perdiesen la pista, y en ese caso ya no podría ella encontrar de nuevo a Clayton. Aprovechó el momento en que Jadahson estaba hablando con un grupo de muchachas de las fuerzas auxiliares, para escurrirse detrás de Malinski, sorteando a los hebreos, que, con sus ojillos ligeramente rasgados, contemplaban los preparativos bélicos.



DESCONFIA DE LOS LIBROS USADOS  
POR OTROS  
**¡HAY ENFERMEDADES CONTAGIOSAS!**

## IX



ANATO, el judío rumano, y Weill, el alemán, sacaron a Clayton de la habitación y lo condujeron hasta el patinillo. Allí lo cogieron entre ambos, como si estuviese ebrio, y llegaron a la cancela. Apretados contra la pared, en la sombra, vieron pasar a una patrulla de la Hagannah, pisando reciamente con las botas claveteadas. Esperaron y luego salieron a la calle. Unas casas más allá, un coche de guerra esperaba, con los faros apagados y nadie en el interior. En la portezuela del coche estaban pñtalas en hebreo las iniciales de la unidad a que pertenecía.

Metieron a Clayton en el coche, y Weill se puso al volante, mientras Banato continuaba metiendo su pistola en las costillas de Dan. Éste había decidido aguardar hasta el último momento.

Suponía que intentarían darle un «paseo» [2], y entonces trataría de actuar. Weill, el alemán, habló de pronto.

—No es que me guste hacer esto —dijo—, pero no debió meter las narices donde nadie le llamaba. ¿Qué diablos tienen que hacer aquí agentes extranjeros?

—Ustedes los llamaron —respondió Clayton—. Si no hubiese sido por sus estúpidos actos de terrorismo, el mundo hubiera pensado un poco mejor de ustedes. Todos estaban dispuestos a tenerles simpatía y ustedes procuraron desarreglar las cosas.

—Cállese —ordenó Banato—. No nos interesa lo que usted piense o deje de pensar y tampoco nos interesa lo que piense el mundo. Cuando nos gaseaban, fusilaban, ponían debajo de las cadenas de los tanques o nos hacían ir delante en las ofensivas, nadie alzó la voz para defendernos. Cállese.

Clayton comprendió que era lo mejor que podía hacer. A través de los cristales de las ventanillas vio pasar un paisaje desolado, alumbrado por una luna pálida, extrañamente fantasmal. Piedras y vides, piedras y vides y, de vez en vez, un olivo de atormentado tronco al borde de la carretera. «Ésta era Palestina», pensó Clayton.

Tenía las manos desatadas, aun cuando sentía contra su costado la pistola de Banato. Él sabía perfectamente que, de querer, se libraría de éste en un momento, ya que un agente federal aprende en Quántico toda clase de tretas para desarmar a un hombre, y además, el rumano había tenido la poca precaución de ponerse demasiado junto a él. Por la posición de la luna y la dirección general de la carretera, ligeramente orientada al Sudeste, sabía que se dirigían hacia Jerusalén o Betlehem, más bien hacia la primera de las dos ciudades.

Se dispuso a la acción. A ser posible quería evitar, por todos los medios, el matar a nadie, pero si era su propia piel la que estaba en juego, tampoco estaba dispuesto a dejarse asesinar tranquilamente. Le bastaría sencillamente un empujón para apartar el brazo armado de Banato, luego un golpe al cuello o a la mandíbula, y entonces procurar hacerse con el revólver.

Cuando ya todos sus músculos se ponían tensos para el esfuerzo, cuando, con el rabillo del ojo estaba calculando justamente el sitio en que golpearla, el coche, conducido por Weill, dio un frenazo tan brusco, que los dos del interior, cogidos desprevenidos, fueron

impulsados hacia delante como un par de sacos de patatas. En medio de la carretera había un gigantesco camión militar de las fuerzas Israelitas, y alrededor de él, pululaban los soldados hebreos armados con pistolas ametralladoras y con fusiles. Un fornido sargento, parado, con las piernas abiertas, tenía levantada la mano, para indicar al «auto» dónde debía parar.

Weill juró en voz baja y Banato tendió la pistola, tensos los tendones de los brazos por la excitación y la furia. El sargento, seguido de otros dos soldados, se acercaba a paso ligero.

—No se puede pasar por aquí —dijo, con voz ronca.

—Daremos la vuelta —dijo Weill, con humildad perfectamente fingida.

Pero ya la linterna eléctrica alumbraba la cara de Banato, la de Clayton y la pistola del rumano.

—Deja eso, muchacho —ordenó el sargento, un judío inglés de cara redonda, tocado con una boina azul—. Deja eso e id saliendo del coche.

Los hombres llegan a veces a un estado tal de desesperación, que lo mismo les da morir. Y Banato había sufrido tanto durante toda su vida, que no temía la muerte. Levantó la mano armada y apuntó al sargento. Al instante, dos ráfagas llameantes salieron de las ametralladoras ligeras de los soldados, mordiéndole en el pecho. No llegó a disparar. Proyectado hacia atrás por la fuerza de los proyectiles, cayó sobre Clayton, muerto ya.

Weill no opuso resistencia. Criado en Alemania, había aprendido a que, a veces, es mucho mejor dejar que los acontecimientos sigan su curso. En aquel momento, y mientras Clayton descendía del coche, el sargento se le acercó.

—No se mueva, amigo, o lo pasará bastante mal. ¿Quién es usted? —Un momento examinó curiosamente sus ropas—. Usted no es Israelita, ¿verdad?

—Soy americano —respondió Clayton, sacudiéndose el polvo del traje—. Periodista americano. Ahí tengo todos los documentos.

El sargento ojeó los papeles.

—¿Qué hacía usted con todos estos individuos? —volvió a preguntar recelosamente.

—Me enteré de una cosa que ellos tenían bastante interés en ocultar. Tengo que volver inmediatamente a

Tel-Aviv.

—¿Para qué?

La pesadez del sargento estaba empezando a cargar a Clayton.

—Porque va a ocurrir algo, por eso. Un hombre va a ser asesinado si no aviso pronto a la Policía de

Tel-Aviv,

¿comprende, cabeza de plomo? Van a asesinar a Bunche.

El sargento abrió mucho los ojos, mientras los soldados se miraban entre sí.

—Usted está loco —protestó el militar—. Ese hombre está perfectamente guardado y es Imposible.

—¡Váyase al diablo! ¿Me deja volver a

Tel-Aviv,

donde pueda hablar con alguien más responsable, o no?

El sargento se rascó la nuca.

—Yo no puedo llevarlo a usted, pero un «Jeep» nuestro va ir, dentro de unas horas, con los informes. Puede usted ir en él.

—También podría llevarme el coche que traían éstos.

—También; pero no lo permitiré. No soy más que un soldado y no tengo atribuciones para disponer de nada. Lo siento, pero hasta la mañana no se puede hacer nada.

Esto fué lo que hizo que el mayor Samuels, de la Policía Judía, no se enterase hasta casi las diez de la mañana de que se pensaba asesinar al mediador de las Naciones Unidas. Y fue precisamente debido a Clayton, por lo que Samuels destacó a unos cuantos policías hasta la casa cercana a la avenida de las Tribus, y esos mismos policías los que libraron a Helen Temple de Yvette Coléar y de Igor Malinski.

Pero Clayton no quiso, en manera alguna, que Samuels dijese a la joven dónde estaba él. Se sentía atraído por la voluntad de la chiquilla y por su valor, además de lo que ya había hecho por él, pero no deseaba llevarla a sus talones constantemente. Ahora que tenía que impedir a toda costa que los de la Stern asesinasen a Bunche, no podía andar de un lado para otro con una rémora semejante.

A las doce ya estaba en Jerusalén, después de un viaje rapidísimo en un automóvil de la Policía judía. Sabía que Bunche no había creído que se intentase matarlo, porque el mismo Samuels

se lo había dicho. No había, pues, más que una solución. Entre el séquito de Bunche había un hombre, Nathaniel Gus, que le ayudaría con todas sus fuerzas. Eso ya se lo habían advertido a Dan en Washington.

El policía que le acompañaba preguntó a un compañero suyo dónde estaba Bunche y por él se enteraron de que se hallaba en su cuartel general. Pero al llegar a éste se encontraron con que una importante reunión con los altos funcionarios hebreos, hacía imposible ver al mediador de las Naciones Unidas. Clayton maldijo, con una fluidez que escandalizó a su acompañante y pidió ver a Nat Gus. Imposible también. Nat no se apartaba ni un ápice de Ralph Bunche, siempre con la mano en la culata de su pistola. No hubo más remedio que esperar, pese a toda la impaciencia que lo consumía.

Igor Malinski pasó completamente inadvertido a causa de su uniforme, del que nadie había quitado los emblemas de la Stern, y caminó por las calles que conducían al cinturón de la Ciudad Nueva. Brigadas de obreros y de soldados israelitas trabajaban recomponiendo los destrozos de las calles y casas, y por todas partes se veían sanitarios preparados para cualquier eventualidad.

Pero había también algo más. Entre dos calles rectas, modernas y bien trazadas, con casas de oficinas a los lados, había un callejón, con uno de esos típicos arcos de piedra que tanto abundan en la ciudad vieja. Al entrar en él, uno creería haber pasado otra vez a los alrededores del Muro de las Lamentaciones. Por aquel callejón se metió Malinski decididamente y, no menos decidida, siguió tras él Helen Temple. La muchacha no tenía ni la más ligera noción del peligro que corría, porque jamás, hasta estos últimos días, se había visto en ninguna clase de peligros. Era, pues, no valor, sino inconsciencia, lo que guiaba sus pasos y la conducía hacia lo ignorado. Vio las anchas espaldas de Malinski desaparecer por una puerta situada justamente debajo de la arcada y cómo la puerta se cerraba tras él. La callecita era sombría, rodeada como estaba de casas mucho más altas, pero aun así había bastante luz para que la figura de la muchacha fuese perfectamente visible. Sólo que Helen no pensaba en absoluto en ocultarse. Ella quería saber qué diablos había sido de Clayton y se proponía averiguarlo como fuese.

Se detuvo ante la puerta y llamó, golpeando fuertemente con

una maciza estrella que servía de aldabón. El ruido retumbó en la desierta calleja como un disparo, pero la puerta permaneció cerrada. Helen, sin preocuparse demasiado estaba empezando a notar que en aquella Palestina, las cosas no ocurrían como en el resto del mundo, —volvió a llamar, espaciando los golpes muy poco, de forma que el sistema nervioso del que estuviese dentro sería sacudido y le obligaría a abrir. Y en efecto, así ocurrió, pero antes de abrirse aquella puerta, un par de ojos oscuros se asomaron por un pequeño agujerillo enrejado que había en la parte superior, medio oculto tras uno de los gruesos paneles de cedro. Al momento, la puerta se abrió y dos brazos, largos y fuertes, cogieron a la joven y la metieron dentro sin darle tiempo ni a respirar ni a gritar. Cuando la americana recuperó un momento el equilibrio se vio enfrentada a Malinski— ella no conocía su nombre—, a la judía francesa aquella de la cara bonita y a otros dos individuos. Estos últimos llevaban ametralladoras portátiles y algunas granadas en el cinturón. Sus caras expresaban el más profundo y desolado fanatismo.

—Otra vez esta puerca —dijo Yvette, mirándola con un odio que casi se podía palpar.

Y sacó una pistola de la funda. Malinski le dio un golpe en la mano.

—Aquí, no, estúpida —le dijo.

Era evidente que el judío ruso dominaba por completo a aquella extraña joven, porque ésta obedeció, aun cuando no guardó el arma. Luego, Malinski se volvió hacia Helen:

—Escuche, paloma. Dos veces la hemos encontrado ya en nuestro camino y ésta va a ser la última. ¿Qué anda usted buscando?

—Pues busco a un hombre y ésa... —Helen hizo una pausa ofensiva, porque el calificativo de «puerca» la había llenado de una indignación que casi la ahogaban —mujer sabe dónde está. O, al menos, dónde estaba.

—Anda detrás de Clayton, el agente americano, como si fuera una perrita —dijo Yvette despreciativamente.

Y luego se echó a reír. Malinski le hizo coro, pero sus ojos no reían cuando se enfrentó a Helen:

—Lo siento, palomita; pero a ese hombre no volverá a verlo. A

estas horas habrá subido al Cielo derecho, si hizo merecimientos para ello.

Helen se tapó la boca con la mano y sus ojos azules se agrandaron horriblemente. La francesa la contemplaba curiosamente, con una total ausencia de compasión en la mirada. Malinski se movió rápidamente y la sostuvo en sus brazos cuando caía hacia delante, desmayada.

—Metedla en la otra habitación —ordenó a los hombres de las ametralladoras.

Éstos levantaron el liviano cuerpo y pasaron, cargados con él, al cuarto vecino, en el momento en que el profesor Samuel T. Klirking entraba en la casa. Aún llegó a tiempo de ver a la muchacha y su rostro sufrió un brusco cambio.

—¿Qué es eso? —preguntó, con voz dura—. ¿Qué habéis hecho a esa mujer y cómo es que está ella aquí?

—Viene siguiendo hace tiempo al perro ese de agente americano —contestó Yvette, mirándolo de través—. A ese perro, que a estas horas ya habrá dejado de vivir. Seguramente trabajan juntos.

—Esa mujer no trabajaba con Clayton —respondió el judío—. La vais a poner en libertad ahora mismo o...

—Basta —ordenó Malinski—. Es más importante lo otro, profesor, mucho más importante. ¿Qué hay de ello? Tiempo tendremos para ocuparnos de los detalles secundarios.

Klirking era un fanático de su idea. Al instante, todo lo relacionado con Helen Temple desapareció de su imaginación, para no quedar en ella sino aquello a lo que había consagrado su vida entera.

—Hoy, esta misma tarde —respondió—. Los árabes rompieron la tregua hace poco.

—Lo sé.

—Bunche no ha ido, pero si su lugarteniente. El mediador estaba conferenciando con algunos jefes militares israelitas. Pero, esta tarde, saldrá en el automóvil camino de Betlehem Mirad.

Extendió un plano sobre la mesa y los otros cuatro se inclinaron sobre él. El dedo de Klirking, largo y afilado, se posó sobre un punto en el papel.

—Aquí —dijo—. El camino corre entre dos taludes. Como es natural, tropas del Ejército custodiarán la carretera. Os

desprenderéis de las insignias de la organización y pasaréis por individuos de la Hagannah. En el momento en que veáis el coche, todos, oídme bien, todos, al mismo tiempo, dispararéis y lanzaréis las granadas. Si tenéis el pulso firme, no puede escapar. ¿Entendido?

—Se hará —dijo Malinski. Luego miró a su interlocutor seriamente—. Estamos para cometer otra enorme equivocación. Lo de Bernadotte podría olvidarse. Esto, unido a lo otro, jamás lo olvidarán. Es peor que un crimen, repito, es un error.

Klirking irguió su alta estatura.

—Éstas son las órdenes —repitió.

Malinski se encogió de hombros.

—Ninguno de nosotros volverá vivo —afirmó.

Los agudos ojos de Klirking investigaron a su alrededor las caras de los presentes. Yvette Coléar se apretó contra el cuerpo del ruso y le miró a los ojos con una leve sonrisa en los bellos labios. No necesitaba decir que donde estuviese Igor estaría ella. Los dos individuos de las ametralladoras, uno de los cuales lanzaba frecuentes miradas al cuarto en que habían encerrado a Helen, se limitaron a mover afirmativamente la cabeza. No había duda ninguna de que la muerte poco significaba para ellos. Malinski estrechó a Yvette por la cintura.

—Preparados, profesor —dijo.

La rápida mente de Klirking pasó a otro asunto con la velocidad del relámpago.

—Una vez librados de Clayton y cumplida nuestra tarea, la muchacha que tenéis aquí ha de quedar en completa libertad. NI un solo cabello de su cabeza le será tocado.

Yvette tuvo una sonrisa cruel, pero no contestó. En cuanto a los hombres, ninguno de ellos encontraba interés en la prisionera, Samuel Klirking los miró fijamente y fué extendiendo su mano, para chocarla con las diestras de los demás.

—Suerte —dijo—. Mucha suerte.

Y dio media vuelta para salir. Llegó a la puerta y, un momento después, su elevada figura desaparecía en la penumbra del callejón.

—Al asunto —dijo Malinski—. No tenemos tiempo que perder. Tú, Cohen, busca el coche. A ser posible, que tenga los emblemas de la Hagannah. Tú, Gold, cargarás en él cuantas bombas de mano

puedas conseguir. Tú, palomita, espérame aquí hasta que yo vuelva, que será a las tres en punto de la tarde. Así cuidarás de ese bichito que tenemos ahí dentro encerrado. Ven acá, dame un beso.

Los labios de la muchacha se pegaron frenéticamente a los suyos.

—Me gustaría poder seguir viviendo —dijo— para estar toda la vida contigo. Pero no importa; no me importará, si puedo morir a tu lado.

La pasión que palpitaba en sus palabras hizo que Helen Temple, que llevaba un momento con el sentido recobrado, se estremeciera. Ella amaba a Clayton, aquel Clayton que había muerto, según le acababan de decir, pero no sentía morbosos deseos de morirse también. Era una chica sana y normal. Por ahora, lo único que le interesaba era lo que acababa de oír a aquella voz que le resultaba un poco conocida. Que Bunche, aquel hombre bondadoso, iba a ser asesinado dentro de unas horas nada más. Era preciso, era preciso de todo punto, que ella impidiese aquello. Las últimas palabras de Malinski la llenaron de algo que, si no hubiese sido por el dolor que le producía la noticia de la muerte de Clayton, sería alegría.

La iban a dejar sola con aquella bruja. Helen le tenía cierto miedo, porque había visto de lo que era capaz, pero así y todo, ella no había ido en balde a un buen colegio americano. La habían enseñado que el saber boxear un poco jamás hizo mal a una mujer, que incluso en la civilizada América, una muchacha puede verse expuesta a algún peligro, del cual puede salir si sabe emplear bien las manos y los pies. La gimnasia científica había endurecido sus músculos y sus bellas formas no encerraban ni una sola onza de grasa. Tampoco ella era enemiga despreciable, decidió. Y cerró los ojos, al tiempo que oía la puerta cerrarse tras de Malinski y los demás.

Yvette Coléar se acercó a la puerta del cuarto de Helen con una extraña sonrisa. Había vuelto a sacar su pistola y sus oscuros y ligeramente rasgados ojos brillaban cruelmente. Aquella joven iba a morir. ¿Qué importaba un asesinato más? ¿Acaso su hermanito, aquel joven de quince años, no había sido asesinado y cortado en trozos para hacer desaparecer las huellas del crimen, descubierto por casualidad? Cada vez que se acordaba de ello, un odio feroz, ciego, la invadía. Solamente Malinski sabía esto: que ella había

perdido en parte la razón cuando aquello de su hermano.

Abrió la puerta y contempló el extendido cuerpo de Helen, sobre el suelo. Entró y se inclinó sobre la joven. El corazón de Helen casi cesó de latir al oír tan cerca la respiración de su enemiga. Siempre sin cesar de sonreír, Yvette apuntó con su arma a la postrada figura y se preparó para disparar. Sus dedos rodeaban ya el gatillo, presionando ligeramente, cuando Helen saltó.

Fue el suyo un salto de pantera, ya que se puso de rodillas sin apoyarse siquiera en las manos. Su cabeza chocó contra el vientre de Yvette y la proyectó hacia atrás, mientras la pistola caía de las manos de la judía.

Helen no le dio respiro. Al verla en el suelo se precipitó sobre ella, procurando atenazarle los brazos, pero Yvette era también muy fuerte. Se desprendió y sus dos manos, finas y nervudas, se enrollaron con fuerza al cuello de *miss Temple*. Fué aquélla la lucha de dos valquirias enfurecidas, decididas a matar. La blusa de Helen se rasgó de arriba abajo, mientras con sus rodillas intentaba comprimir los costados de Yvette, como se hace con las yeguas respingonas, al mismo tiempo que sentía cómo aquellos afilados y crueles dedos empezaban a asfixiarla. Pero ella tenía las manos libres. Con la derecha golpeó fuertemente la mandíbula de la hebrea y la izquierda la hundió bajo el seno de su enemiga, buscando el plexo solar. Fueron dos golpes duros, muy duros, e, instantáneamente, sintió que la presión de los dedos asesinos se aflojaba. Con un último esfuerzo apartó las manos de sí y, tambaleándose, se puso en pie. Yvette hizo un movimiento, como para seguirla, pero las fuerzas le fallaron. Respiraba jadeante, debido al golpe brutal del pecho, y sus labios se entreabrían en una atroz búsqueda de aire.

Helen recogió del suelo la pistola y se volvió a su enemiga. Estaba desgñada y la falda dejaba ver una gran parte de sus piernas. Se la bajó con un movimiento instintivo.

—Es usted indigna de vivir —le dijo, un poco jadeante, pero sin perder un tono de su acometividad—. Quiso matarme a sangre fría, a pesar de que yo nunca le hice mal. Pero yo no la mataré a usted, no, aunque bien sabe Dios qué motivos tengo para ello. La entregaré a la Policía de su país, para que la juzguen por el crimen que ha cometido y por el que piensa cometer, usted y sus amigos

asesinos.

Yvette comprendió que todos sus planes se vendrían abajo si aquella muchacha lograba llegar con su historia al cuartel general de la Policía israelita. Era necesario hacerle callar. Fuese como fuese.

Midió la distancia que la separaba de la americana, e intentó el asalto. Pero el profesor de lucha y de gimnasia de Helen Temple no había robado el sueldo que le pagaban en el colegio. Helen le había golpeado el plexo solar, y de ese golpe no se repone uno fácilmente. Más de veinte pulgadas le faltaron a Yvette para lograr su objetivo. En vez de eso, la pistola descendió con fuerza sobre su cabeza, y la muchacha judía rodó por el suelo sin conocimiento.

Helen dudó un momento, uno solo. No tenía más remedio que dejar allí a la francesa e ir a pedir auxilio y avisar a la Policía.

Confiaba en que el golpe sería lo suficientemente fuerte como para tenerla inconsciente durante algún tiempo, el necesario.

Salió corriendo y desembocó en la calle, completamente desierta. Corrió hasta alcanzar la amplia arteria a la que daba el callejón y, con inmensa alegría por su parte, descubrió la amistosa silueta de un policía militar. Corrió hacia él y el hombre se volvió a mirarla asombrado. Tenía delante una muchacha bonita como un cromo, pero con la cara llena de arañazos, el cuello enrojecido, despeinada y con la blusa rota, sujetándose los trozos con la mano izquierda. Y, detalle más significativo, en la diestra llevaba una pistola de feo aspecto.

—¿Qué ocurre? —preguntó, tratando mentalmente de acordarse del nombre y de la dirección del manicomio de Jerusalén.

—Van a matar al mediador... He de ver al jefe de Policía inmediatamente —jadeó ella—, y han matado a un agente americano, y yo..., yo tengo a una prisionera que...

Calló al ver la expresión de absoluta incredulidad en el rostro del policía judío. Comprendió que, ni estando media hora, podría convencer a aquel individuo.

—Lléveme ante el jefe de Policía —le dijo, procurando que su voz sonase lo más serenamente posible—. Pero le prevengo que en esa calleja de la derecha, en la casa que hay bajo la arcada, hay una mujer sin conocimiento. Esa mujer y sus amigos tienen la intención de matar a míster Ralph Sunche esta misma tarde, en la carretera de

Jerusalén a Betlehem.

El policía abrió la boca, asombrado. Era cierto. Se tenían severas órdenes de proteger al mediador, porque esa misma tarde emprendía viaje. Quizá no estuviese tan loca como parecía.

—Vamos —dijo concisamente.

Pero Yvette Coléar se había repuesto mucho más rápidamente de lo que pensara Helen. Cuando llegaron allí vieron sólo las señales de la lucha, pero la joven judía había desaparecido.

—¡Tiene que estar cerca! —gritó Helen, empezando a perder el dominio sobre sí misma—. ¡Tiene que estar cerca de aquí! ¡Oh, esos horribles asesinos lograrán lo que se proponen, si no llegamos antes que ellos!

—Cálmese, joven —indicó el agente, desenfundando su arma—. Venga conmigo.

Cinco minutos después estaban en la seccional de Policía. El inspector estaba en aquel momento hablando con un hombre alto, de anchos hombros, cuya figura era perfectamente conocida de Helen. Pero en el estado de excitación en que estaba, apenas se dio cuenta hasta que el otro la cogió por el brazo.

—¡Clayton! —chilló histéricamente.

Y por segunda vez en el mismo día, aunque en esta ocasión por un motivo diametralmente opuesto, Helen Temple se desmayó en los brazos de Dan Clayton. Mientras, el policía puso al corriente al inspector de lo que la joven le dijera. Clayton cambió una mirada con el funcionario, y éste asintió. Al instante, una matrona policiaca, con un frasco de sales en la mano, se inclinó sobre el postrado cuerpo de Helen. La norteamericana abrió los ojos y los fijó en el rostro de hombre que la contemplaba desde tan cerca:

—Me dijeron... que te habían matado... —empezó.

Pero Clayton le tapó la boca con la mano:

—No hables. Ya ves cómo no pudieron conmigo. Dime, Helen: la mujer esa que...

—Es esa horrible judía que quiere matar a todo el mundo —dijo la chica—. Le di un buen porrazo en la cabeza, pero debió de recobrar el conocimiento en seguida, y se escapó. Habrá ido a avisar a sus cómplices... Aprisa, Dan, no hay tiempo que perder, si no, matarán a Bunche...

—No matarán a nadie, nena —insistió Clayton—. Anda,

levántate y que te den algo de ropa. No te preocupes, que no le pasará nada a míster Bunche.

En aquel momento, un hombre bajito empujó la puerta de la seccional, seguido por un par de hombres uniformados de azul. Se dirigió rectamente a Clayton:

—Usted es Dan Clayton, ¿verdad? Me llamo Gus, Nathaniel Gus. Hubiera venido antes si estos bellacos me hubieran avisado antes que se trataba de usted. ¿Qué hay, Clayton?

—El golpe le darán esta tarde —respondió Dan, mirándole fijamente—. En la carretera a Betlehem, en un sitio en que ésta corre entre dos taludes.

El inspector afirmó vigorosamente con la cabeza. Nat escuchaba impasible.

—Los que lo harán son, seguramente, un ruso llamado Malinski y una francesa..., Yvette Coléar —este nombre pareció atragantársele, pero su rostro no cambió de expresión—. Hay que moverse, y rápido. Quizá ya no den el golpe, pero al menos se los podría pescar de otra manera. Ante todo, urge encontrar a Sam Klirking.

—El no cree que sospechemos de él —dijo Nat imperturbable—. Le voy a echar mano ahora mismo. Se imagina que es muy listo, pero nosotros lo somos más.

—Tengo cincuenta policías preparados —dijo el inspector judío.

—Y nosotros la guardia —respondió el jefe de los guardaespaldas de Ralph Bunche—. No crea que son mancos. Si se nos escapan esos tipos, ya pueden ustedes decir que es que nacieron con suerte.

Y salió. Clayton vaciló un momento, y luego se dirigió al cuarto donde Helen estaba con la matrona. Ésta había provisto a la muchacha de una blusa y una chaqueta. Dan se acercó a ella hasta casi rozarla.

—Has sido muy valiente, pequeña —le dijo—. Pero ¿por qué...?

—¿Que por qué vine? —Helen se ruborizó un momento, pero luego alzó la cabeza gallardamente—. Bueno; pues no me lo preguntes, estúpido. Si eres incapaz de adivinarlo, no mereces que yo te lo diga.

Clayton pensó un momento. Luego miró a la joven.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Nada, bruto. Vete al diablo —agregó con muy escasa feminidad, pero es que estaba encarnada hasta las orejas y parecía muy desdichada.

Clayton, con una sonrisa un poco triste, la cogió por los brazos y la obligó a mirarle.

—Escucha, pequeña —le dijo en voz baja, mientras la matrona salía del cuarto—. He pasado por el infierno y éste puede que haya dejado sus huellas en mí. ¿Te atreverías a intentar la aventura?

Helen le miró rectamente a los ojos.

—Fué... ella, ¿verdad?

Clayton asintió, cerrando fuertemente los labios.

—Ya no puede representar nada para mí, pero...

Helen le tapó la boca.

—Calla, las cosas que no sepa no me podrán doler. No me lo digas nunca, nunca, querido, ¿quieres?

Un momento después pegaba sus labios a los de él, en un beso ardiente. Cuando se separaron, dijo:

—Vámonos pronto a nuestra bendita América, querido, a aquella tierra donde la gente se detiene para preguntarle a uno cómo está la madre de uno y si nuestro bebé está empezando a tener dientes. ¡Vámonos cuanto antes, por favor!

---

#### CONSEJOS AL LECTOR:

**Los libros son tus mejores amigos.  
No los maltrates, ni los prestes, ni los  
malvendas.  
Sé fiel a tus amigos.**

## EPÍLOGO

Quince motocicletas y dos coches corrían por la carretera de Jerusalén hacia la ciudad en que nació Jesucristo. La campiña bíblica se extendía a ambos lados de la carretera, con sus olivos retorcidos y sus viñedos. De cuando en cuando, una blanca colonia dejaba ver sus pabellones, sobre los cuales se elevaban los vástagos de los aeromotores. A unos siete kilómetros de Betlehem, la parda tierra se elevaba en dos taludes pedregosos, en los cuales crecía el acanto. Aquél, precisamente aquél, era el sitio donde debían aguardar cuatro hombres, si Yvette Coléar no los hubiera avisado. Los «jeeps» de la Policía judía habían recorrido el terreno, y allí no había nadie, absolutamente nadie. Los coches y las «motos» pasaron velozmente, y salieron del sitio del peligro. La conspiración había fracasado.

Al llegar al pequeño poblado de Barsheba, en las afueras de Betlehem, las «motos» frenaron su marcha e hicieron rugir las sirenas, anunciando llegada del mediador de las Naciones Unidas. Al mismo tiempo, los «Jeeps» de la Policía militar judía, dieron media vuelta, disponiéndose para tornar a Jerusalén. Si lo hubieran hecho cinco minutos antes, la Historia hubiera cambiado de rumbo.

De una casa vieja, muy cerca del camino, brotaron repentinamente largas lenguas de fuego y las balas tabletearon sobre las carrocerías de los coches. Dos de los motoristas, doblado en ángulo recto el manillar de las máquinas, se estrellaron contra el suelo, mientras los demás frenaban bruscamente y sacaban sus armas. La primera granada de mano retembló a menos de cinco yardas del primero de los coches, los cuales ya habían empezado a retroceder. Pasar por delante de aquella casa equivalía a la muerte segura. Al mismo tiempo, los coches de la Policía semita empezaron a llegar. Las ametralladoras crujieron fúnebremente, arrancando trozos de la pared. Otra granada levantó una nube de polvo al lado

de un olivo.

Y empezó el fin. Ni la propia astucia de los terroristas, al cambiar del lugar de acecho en vez de desistir de su empeño, podía servir de gran cosa ante la potencialidad de los hombres contra los cuales combatían. Un pequeño cañoncito, montado sobre un «jeep», empezó a disparar obuses de «2'5», con una rapidez demoniaca. Del tejado de la casa se elevó una espesa polvareda y dentro se oyó un grito horroroso, una llamarada se elevó repentinamente del primer piso, lamiendo las paredes y proyectando chorros de humo por los agujeros de las ventanas. Y de pronto, un hombre, un gigante, medio desnudo, con una bolsa de granadas de mano colgando del costado, apareció en la puerta. Sus cabellos ardían y humeaban y una larga herida le cruzaba la cara de lado a lado. Dos brazos, parecidos a aspas de molino, empezaron a lanzar las granadas contra los «autos», contra las «motos», contra todo lo que tenía enfrente. Al mismo tiempo, de dentro de la casa, una voz humana empezó a cantar una canción, que todos los que oían conocían bien. El himno de la esperanza judía, el «Hatikvah».

Malinski no llegó a lanzar más que cuatro granadas.

Un disparo del mortífero cañoncito y veinte ráfagas de ametralladora convergieron sobre él. Todo su cargamento estalló con un ruido horrisono, y cuando los policías llegaron a su lado, sólo Jirones de carne encontraron. Y una cabeza, cuyos ojos abiertos miraban muy fijamente ante sí. Y allá, dentro de la casa, que ardía ya casi por completo, el cadáver de una muchacha con una pistola en la mano y la cabeza con un orificio de bordes desgarrados, de metralla.





## RESULTADO DEL CONCURSO PARA AGENTES DEL F. B. I.

*EDITORIAL ROLLAN manifiesta, después del escrutinio y examen realizados, que ninguno de los concurrentes ha contestado acertadamente el total de las preguntas, y, lamentándolo, EDITORIAL ROLLAN ha decidido repartir los premios anunciados en la siguiente forma a fin de beneficiar a sus lectores:*

### ACERTANTES DE 15 PREGUNTAS

D. CARLOS SANCHEZ SERRA (Maluquet, 1), de VALENCIA.

D. AVELINO TORRES FUENTES (Gral. Franco, 163), de FERROL.

D. TOMAS GOMEZ LOPEZ (Pza. Bortull, 3), de CASSELLON.

D. IGNACIO MURIEL CUEVAS (Nicolás Albornoz, 12), de CABRA.

D. CESAR BARZANA BARZANA (Cervantes, 2), de OVIEDO.

D. ANTONIO EREGUETA PEREZ (Avda. Valladolid, 3), de PALENCIA.

D. JAIME DE TORRES (Alamos, 33), de MALAGA.

A cada uno de estos señores se les enviará un LOTE DE NOVELAS SURTIDAS, por valor de CIENTO PESETAS.

Entre los acertantes de 14 preguntas se ha realizado un sorteo, resultando premiados los siguientes, con UN LOTE DE NOVELAS SURTIDAS, por valor de CINCUENTA PESETAS:

D. TOMAS COCO (Cantarranas, 15), de ZAMORA.

D. FABIAN ALCANTUD FERNANDEZ (Ciudad Jardín, 154), de CARTAGENA.

D. ALBERTO IBÁÑEZ (Hurribide, 8), de BILBAO.

D. FRANCISCO GIRALDEZ (Vidal, 9), de SAN FERNANDO.





D. CARLOS RUIZ TAPIADOR (Alcalá, 175), de MADRID.

D. ALFONSO NAVAS GARCIA (Antonio Toledano, 32), de MADRID.

D. MANUEL PAREDES MARIN (Tte. Ochoa, 11), de LINARES.

D. BERNANDO ROMERO (Doctor, 8), de MANZANARES.

D. ALBERTO SIMO VAZQUEZ (Lepanto, 10), de ORENSE.

D. LUIS IZQUIERDO COCA (Cervantes, 18), de VALLADOLID.

D. MANUEL RODRIGUEZ GARCIA (Alvaro de Bazán, 32), de MELILLA.

D. JUAN MARIA LABRERAS (Rey Pastor, 69), de LOGRONO.

D. JUAN PABLO PERNEZ (San Elías, 10), de BARCELONA.

Los premios se remitirán por Correo certificado.

A continuación damos las contestaciones debidas a nuestro CUESTIONARIO, aparecido en el número 20 de esta Colección:

- 1.ª Tiene 4 dólares más.
- 2.ª El vaso.
- 3.ª Las serpientes no tienen plumas.
- 4.ª 15.
- 5.ª A la sociedad.
- 6.ª La S.
- 7.ª El pocero.
- 8.ª El florete.
- 9.ª 12.
- 10.ª Al plato.
- 11.ª 6.
- 12.ª Washington.
- 13.ª E.
- 14.ª 850.
- 15.ª 37.
- 16.ª Se ha contentado con poco.

En Madrid, a 25 de diciembre de 1950.

EDITORIAL ROILAN.





# La ley del terror

es una creación inolvidable por su contenido intrigante y emotivo. No han podido reunirse en una obra más aliciente y misterio bajo el sello del terror que impregna la vida de seres sometidos a poderes que parecen invencibles.

LEWIS HAROC

autor de otras muchas novelas de merecida fama, irrumpe nuevamente en este género literario de tan difícil factura, y consigue el triunfo desde el primer momento.

# La ley del terror

es la imposición violenta al margen de la ley, creando una ley inhumana que doblega y expolia al débil para enriquecer a miserables hampones sin moral y sin piedad.

# La ley del terror

ocupará un puesto de honor en las buenas bibliotecas.

Atención al próximo número de la

Colección F. B. I.



## NOTAS

[1] «Hatíkvah». (La Esperanza), canción hebrea basada en un motivo popular checoslovaco. (N. del E.). < <

[2] En castellano en el original. (N. del E). < <